

depende de Wendy (según la Wendy)

caso de Jesús

Manuel Palazón Blasco

bramadero.es

**Manuel Palazón Blasco. Creative Commons
Atribución/Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Licencia
Pública Internacional – CC BY-SA 4.0**

“*Who am I? Ha?*”

“¿Quién soy yo? ¿Ja?”¹ La carcajada es tristísima, y dice, además, sus aprensiones.

¹ William Shakespeare, *El rey Enrique VIII*, II, II, 66.

Cuestiones de fe

Fe (definición famosa)

Lección de Pablo (él se supo “el último de los apóstoles”) en su *Primera epístola a los Corintios* (XV, 9):

La fe es “la sustancia” (de ella se alimentan y nutren, sin ella se terminarían [*Aut.*]), o, empleando una voz forense, “la garantía” (casi la escrituración notarial) “de las cosas que esperamos”, y “el argumento” (vale “la prueba”) “de lo que no es *aparente*”, o sea, de aquello que no “se muestra a la vista como cosa real y verdadera” (*Aut.*)² (*Epístola a los hebreos*, XI, 1). “Por ella fueron alabados nuestros mayores.” Recuerda. Y trae los ejemplos del Verbo que hizo, ayudado de la fe, de la nada, el mundo, y el de Henoc, y el de Noé, y el de Abraham, y el de otros buenos (*Epístola a los hebreos*, XI, 2 ss.). Nos toca ahora a nosotros sacudirnos “todo lastre y el pecado que nos asedia”, y correr “con fortaleza la prueba que se nos propone”, “puestos los ojos en Jesús, autor de la fe, y su consumidor”³, o sea, el que la empezó, y el que la termina y perfecciona (*Aut.*) (*Epístola a los hebreos*, XII, 1 – 2).

² Vuelvo a nuestro romance, apoyándome en varias traducciones, el texto de la *Vulgata*: “Est autem fidem sperandorum substantia rerum argumentum non parentum...”

³ “In auctorem fidei et consummatorem Iesum.”

La fe, en la balanza

Pablo se declara “siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios” (*Epístola a los romanos*, I, 1), correo de una Buena Nueva útil “para la salvación de todo el que cree”, puesto que en ella “se descubre” Su “justicia” “de fe en fe” (*Epístola a los romanos*, I, 16 – 17). “De fe en fe” traduce a la letra el latín de la Vulgata “*ex fide in fidem*”, y significa, quizás, que arranca de la fe y mueve a la fe.

Porque ¿nos va mucho en ello? Casi nada, nuestra salud, tener en propiedad una casilla en la gloria. Pesará el Juez nuestra fe en nuestra última hora. La fe segura determina el rescate de los hombres; la duda, su condenación. Mirad:

Ha venido Jesús del cielo, de parte de su Padre, su ministro, para certificar que Dios es verdadero. Por eso, “el que crea en el Hijo” tendrá “vida eterna”, mientras que “el que rehúsa creer en el Hijo, no verá la vida, sino que la cólera de Dios permanece sobre él” (*Juan*, III, 32 – 36). Y “por todo aquél que se declare por [él] ante los hombres”, o sea, que se ponga de su banda o partido, “explicándose parcial” suyo (*Ant.*), Jesús “también” se declarará “por él ante [su] Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos” (*Mateo*, X, 32 – 33).

“Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (*Marcos*, VIII, 38).

Fuerza de la fe

“Jesús le dijo: ‘¿Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree!’” (*Marcos*, IX, 23)

Enseñaba Jesús lo que alcanza el que no duda, ni titubea en su fe. Como tuvierais, decía a sus apóstoles, “fe como un grano de mostaza”, y la manifestarais en la oración, o sea, en conversación privada con Él, nada os resultaría imposible, moveríais, si quisierais, este monte, hasta derrumbarlo en el mar, o arrancaríase, porque se lo habíais ordenado, este sicomoro y echaría raíces en el fondo del océano (*Marcos*, XI, 23 – 24; *Mateo*, XVII, 20 – 21; *Lucas*, XVII, 5 – 6).

Piedra de escándalo

Decía Jesús: “...¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!” (*Mateo*, XI, 6)

Lo contrario de la fe no es la indiferencia. Peor que el tibio es quien recibe con *escándalo* la Palabra, y la noticia del Hijo de Dios.

Depende de nuestra fe

Virtud teologal es “la que tiene directamente por objeto a Dios en su operación”. Suman tres, y la primera es la Fe (*Aut.*).

Nos alumbra, gracioso, si quiere, el Espíritu Santo, y creemos, y hacemos luego (que interesa) profesión de nuestra fe, protestándola y confesándola públicamente (*Aut.*).

Pero ¿qué se jugaba Jesús? ¿Qué le importa a él si rezamos el *Credo*, si damos por seguros todos sus artículos y misterios, la triple *persona*, todos los puntos de su *vida*? ¿A qué todas esas amonestaciones, conminaciones, recomendaciones? A él (a Él) ¿no se le da un higo nuestra opinión?

Importa que crean en su *historia*, en su *Nombre* o, más bien, en su apellido fantástico, para que su Palabra cuente.

Es que los dioses, si descreemos, se despintan de nuestro cielo, se vacían, se hacen humo.

Amén (el *Credo*)

Introito⁴

Los Apóstoles, o los herederos de su *mester*, reunieron y ordenaron en *Credos* los Artículos de la Fe, las verdades reveladas que tratan los misterios que rodean a su fantástico Señor, y que el cristiano debe repetir mecánicamente, rindiendo su razón crítica, sancionándolas con su *Amén*, sujetándose a ellas manso, como simple o, mejor, como niño. Así ensaya Él nuestras creederas.

⁴ Introito. “Lo mismo que Entrada o principio de otra cosa (...) pero singularmente se llama (...) el principio de la Misa...” (*Ant.*).

Qué era, y cuyo hijo fue

Prólogo

Manda la Iglesia, aquí, aquí, aquí, lo primero, que creamos a pie juntillas en la naturaleza doble de Jesús, en su maravillosa *Encarnación*⁵. Que cimentemos con nuestra fe el vacilante edificio de su identidad.

El llamado *Símbolo de los Apóstoles* comienza con éstas:

“Creo en Dios Padre Todopoderoso (...). Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo⁶ [y] nació de la Virgen María⁷...”

El *Credo Niceno-Constantinopolitano* hace a Jesucristo...

“...Hijo Unigénito de Dios, y nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios [Deum de Deo], luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero [Deum verum de Deo vero], (...), consustancial con el Padre, (...) y fue encarnado, por obra del Espíritu Santo, en la Virgen María⁸, y se hizo hombre...”

El *Símbolo Quicumque* se ocupa, en primer lugar, muy despacio, de la Trinidad. Quita, sin embargo, al Espíritu Santo de la “escena primordial”:

“Pero es necesario para la salud eterna que crea uno firmemente en la encarnación de nuestro Señor Jesucristo. Así, es fe recta que creamos y confesemos que nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es [a la vez] Dios y hombre. Es Dios, de la sustancia del Padre, engendrado antes de los siglos, y es hombre, nacido en el siglo de la sustancia de la madre: *Dios perfecto, hombre perfecto*.”

⁵ Encarnar significa “tomar carne la masa coagulada en el vientre de la hembra, después de haber concebido del varón. Por excelencia se dice del Verbo de Dios cuando tomó carne en el purísimo vientre de la Virgen Santísima” (*Aut.*).

⁶ “...de Spiritu Sancto...”

⁷ “...ex Maria Virgine...”

⁸ “...et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria virgine...”

“Ecce *homo*.”

Pilato ha hecho inquisición de la naturaleza, y del señorío, de Jesús. “Sí, como dices, soy Rey”, pero “mi Reino no es de este mundo”. “Le dice Pilato [en un apunte postmoderno]: ‘¿*Qué es la verdad?*’” (*Juan*, XVIII, 36 – 38) Mandó que azotasen a Jesús, y lo vistiesen de rey a lo ridículo (la corona de espinas, el manto púrpura de los reclutas), y lo abofeteasen, y lo entrega a sus verdugos resumiéndolo: “Ecce *homo*.” “Aquí tenéis *al hombre*” (*Juan*, XIX, 5).

Hijo de tal

En *El rey Juan*, de William Shakespeare, el *Bastardo* es, desde el título que le da su autor, ése que no tiene *nombre*, ni *apellido*, ni los quiere. Su señor, el Rey, quiere averiguar “*qué*” hombre es (I, I, 49), “*qué*” es: “¿Y tú *qué* eres?” (“And *what* art thou?” [I, I, 55]) A pesar de que, después de examinar la historia amorosa de su madre y estudiar su gesto, el Rey declara que es Ricardo Plantagenet, hijo de ley de aquel Ricardo Corazón de León, el Bastardo, repitiendo (casi, casi) a Jesús (gasta su misma soberbia), afirma: “Y *yo soy yo*, comoquiera que fuera concebido.” (“And *I am I*, howe’ver I was begot.” [I, I, 175]) Otro lo interroga aún: “¿*Quién* eres?” (“*Who art thou?*”) Él contesta: “*Quien tú quieras.*” (“*Who thou wilt.*”) (V, VI, 9) Vale, pues, cualquier hombre. Desconociendo a su padre, quitándose nombres y apellidos, se ha hecho libre.

Jesús entendía abominable la familia natural, la que participa de tu hueso y de tu sangre:

“Ni llaméis a nadie ‘Padre’ vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo” (*Mateo*, XXIII, 9).

“Dijo Jesús: ‘Quien conociere al padre y a la madre, será llamado hijo de prostituta’” (*Evangelio de Tomás*, 105).

“Caminaba con él mucha gente, y volviéndose les dijo: ‘Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío’” (*Lucas*, XIV, 25 – 26).

Jesús es, seguro, el chico de María, su mayor.

Llamarse “Hijo de Dios”, o “Hijo del hombre”, vale tanto como decir “hijo de nadie”. Es quererse huérfano de padre. Bastardo apostá.

Epifanías primeras (novela familiar)

Prólogo

Cosas que contaban a Jesús papá (pero no era su padre) y mamá, epifanías que rodearon su infancia más o menos fabulosa, y con las cuales armó su novela familiar.

Anunciación

El Ángel Gabriel entró en la cocina y dijo a María lo que le dijo, que la cubriría con su sombra el Espíritu Santo y engendraría en ella Uno al que titularán Hijo del Altísimo e Hijo de David (y heredero de su trono), y tú dale el nombre de Jesús (*Lucas*, I, 26 – 38).

Hijo del Espíritu Santo

Enteró a José en un sueño el Ángel del Señor, que su mujer, María, había concebido del Espíritu Santo (*Mateo*, I, 18 - 20).

Visitación

Visitaba María a Isabel, y estaban las dos embarazadas, y saltó el niño que Isabel llevaba en el vientre, pues conocía al otro, y fue ahí el primer avemaría. E Isabel, “llena de Espíritu Santo”, saludó a María como “madre de mi Señor” (*Lucas*, I, 39 – 45).

Jesús, y Emmanuel (su doble nombre)

Fueron instrucciones de Gabriel, para María (*Lucas*, I, 31). O bien el Ángel del Señor, en un sueño, mandó a José que diese al Niño Maravilloso que había concebido su esposa (y él no la había conocido) el doble nombre de *Jesús*, que vale Salvador, y *Emmanuel*, que significa “Dios con nosotros”, para que se cumpliese la “señal” que el Señor había prometido a la “Casa de David”, lo de aquella “muchacha”, o “recién casada”, o “virgen” (“*almah*” trasladado en romance) que deliró el profeta (*Mateo*, I, 21 – 25; *Isaías*, VII, 13 – 14).

Bucólica

El Ángel se presentó ante los pastorcillos y anunció el nacimiento de “un salvador, que es el Cristo Señor”, y les dio las señas, que lo encontrarían en Belén “envuelto en pañales y acostado en un pesebre”, y fue el primer villancico (*Lucas*, I, 8 – 20).

La Estrella en el Oriente

Hubo la Estrella, en el Oriente, que apuntaba al “Rey de los judíos”, y los presentes de los Magos, el oro, el incienso y la mirra, que confirmaban sus títulos y sus suertes (*Mateo*, II, 1 - 12).

Egipciano

Otra vez, en otro sueño, le salía el Ángel a José, le decía, escóndete en Egipto con el Niño y con su madre, porque Herodes, y para que se cumpla (para que se repita) lo de Oseas, la Palabra de Yahvéh, que amó a Israel, a su hijo, cuando era niño, y lo llamó de Egipto (*Mateo*, II, 13 – 15; *Oseas*, XI, 1).

Nazareno

Otra vez, en otro sueño aún, ahora en Egipto, asombraba el Ángel a José, con otra orden, id ahora a Galilea, a la ciudad de Nazaret, para que puedan apellidar al Niño, como está escrito, *Nazoreo* (*Mateo*, II, 19 – 23). Y se cumplían, con ello, las palabras de Isaías, que “saldrá un vástago (*neser*) del tronco de Jesé” (*Isaías*, XI, 1), y es “el Resto” (*nasâr*) que “guarda” (*nasar*) Yahvéh para luego (*Isaías*, XLII, 6; XLIX, 8).

Doble presentación

Presentaban sus padres al niñojesús en el Templo de Jerusalén, y Simeón supo que era el “Cristo del Señor” (*Lucas*, II, 25 – 35), y Ana, la profetisa, viéndolo, publicó al redentor de la Ciudad Santa (*Lucas*, II, 36 – 38).

Rey de los judíos

Los Magos entendieron en la Estrella oriental el comienzo del “Rey de los judíos” (*Mateo*, II, 2). Herodes, al “Cristo” (*Mateo*, II, 4).

Entra Jesús en Jerusalén “montado en un pollino de asna”, como toca a su Señor final (*Isaías*, LXII, 11; *Zacarías*, IX, 9), y lo reciben palmeros, y con “*hosannas*”, y titulándolo “Rey de Israel” (*Juan*, XII, 12 – 15).

Jesús calla su oficio de monarca. Sólo ahora, en sus penúltimas, cuando Pilato le pregunta, “¿Eres tú el Rey de los judíos?”, contesta él, “Sí, tú lo dices” (*Marcos*, XV, 2; *Mateo*, XXVII, 11; *Lucas*, XXIII, 3).

Harán burla de sus ínfulas Pilato y sus legionarios. Juntarán a toda la cohorte. Lo vestirán con el capisayo aberenjenado de un soldado raso, le ceñirán corona de espinas, y le pondrán en la mano una caña, para que figure como fantoche de rey de judíos, y como tal lo saludarán, arrodillándose delante de él, mientras le dan de bofetadas y le escupen. Y clavarán en la cruz, en un letrero, sobre su cabeza, el I.N.R.I. que decía su nombre, y su nación, y su título, y le dirán, ¿no eres el Rey de los judíos?, baja, entonces, ya que vales tanto, del palo (*Marcos*, XV, 1 – 32; *Mateo*, XXVII, 11 – 43; *Lucas*, XXIII, 1 – 38; *Juan*, XIX, 1 - 22).

Ninguno atina la condición de su señorío. Sólo Juan, que corrige a sus demás secretarios: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” Respondió Jesús: ‘¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?’ (...) ‘*Mi Reino no es de este mundo*. (...) Sí, como dices, soy Rey...’” (*Juan*, XVIII, 33 – 37)

Hi de David

San Mateo (I, 1 – 17) empieza su cuento con el “*libro* de la generación de Jesucristo”. “Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob...” Dice, y sigue hasta José, “el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo”. San Lucas (III, 23 – 38) trae su linaje al revés: “Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años, y era según se creía hijo de José, hijo de...” Dice, y continúa remontándose hasta Adán, “hijo de Dios”. Pero precisamente Lucas y Mateo hacen a José nada más padrastro, “ayo, o padre putativo”⁹, de Jesús. Con lo cual ellos mismos arrancan de cuajo sus estupendos árboles genealógicos.

¿Por qué importaba que Jesús naciese en Belén, y llevase el apellido cierto de David? Porque estaba escrito (*Juan*, VII, 40 – 42; *Mateo*, II, 1 – 6), aquí, aquí, aquí:

De “Belén Efratá”, fecundísima, aunque era “la menor”, o “la pequeña”, “entre las familias de Judá”, saldría, palabra de Miqueas, el señor nuevo, y último, de Israel, y había de nacer de “la que ha de parir” (*Miqueas*, V, 1 – 2), aquella “virgen”, o “casada novensana” (*‘almah*) que decía Isaías (VII, 14).

Y era David belenita, el pequeño de Jesé (*Libro primero de Samuel*, XVI, 1 – 13). Y Yahvéh, por boca alucinada de Natán, le había asegurado que ahijaría a uno de su Casa, el cual reinaría para siempre (*Libro segundo de Samuel*, VII, 12 – 14; 16).

Así, Gabriel, ángel capitán, para que se cumpliese todo literalmente, dijo la grandeza del Niño que iba a concebir María a la sombra del Altísimo, y que se sentaría en “el trono de *David, su padre*” (*Lucas*, I, 26 – 35).

⁹ Así lo llama Pedro de Ribadeneira, en su *Flos Sanctorum* (*Aut.*).

Lo saludaban como “*Hijo de David*” los ciegos y “toda la gente, atónita”, en la esperanza, o tras la confirmación, de sus curaciones milagrosas (*Mateo*, IX, 27; XX, 29 – 31; XXII, 23) y exorcismos (*Mateo*, XV, 22).

Cuando Jesús entra en Jerusalén, caballero a lo ridículo, sobre asna y pollino, como tocaba a su Rey último (*Mateo*, XXI, 1 – 5; *Isaías*, LXII, 11; *Zacarías*, IX, 9), la ciudad lo recibe con un “¡*Hosanna* al Hijo de David!” (*Mateo*, XXI, 9) que repetían, dando escándalo, los niños (*Mateo*, XXI, 15 – 16).

Luego (ya ha muerto, y ha resucitado, y ha subido al cielo, nuestro señor) Pedro recordará a los de Jerusalén la Palabra de Dios, que había asegurado con juramento fuerte a David que uno “del fruto de su lomo, cuanto a la carne” (por Jesús lo decía, les decía) podría mucho, mucho (*Hechos de los apóstoles*, II, 29 – 35). Pablo resume la historia de los israelitas, y llega a David: “De la descendencia de éste, Dios, según la Promesa, ha suscitado para Israel un Salvador, Jesús” (*Hechos de los apóstoles*, XIII, 23). Y comienza su *Epístola a los romanos* (I, 3 – 4) distinguiendo a Jesucristo “hecho de la simiente de David según la carne”, y “constituido”, o “declarado”, o marcado como “Hijo de Dios con poder” “según el Espíritu de santidad”.

Pero ¿qué opinaba Jesús? En el Templo preguntaba: “¿Qué pensáis acerca del Cristo? ¿De quién es hijo?” Y cuando le responden: “De David”, él, enfadado, lo niega, no podía ser, el mismo David, “movido por el Espíritu [Santo]”, titulaba al Cristo que vendría mi Señor, mi Señor. ¿Veis? No puedo ser yo, puesto que soy su señor, hijo de David (*Mateo*, XXII, 41 – 46; *Marcos*, XII, 35 – 37; *Lucas*, XX, 41 – 44).

El Hijo del hombre

Prólogo

El arameo *bar nasha*’, como el hebreo *ben ‘adam*, “hijo de hombre”, o “hijo-de-adán”, valía, a menudo, simplemente, “hombre”:

“Al ver tu cielo, hechura de tus dedos,
la luna y las estrellas, que fijaste tú,
¿qué es *el hombre* para que de él te acuerdes,
el hijo de Adán para que de él te cuides?” (*Salmos*, VIII, 4 – 5)

El título que Jesús prefirió darse a sí mismo fue el de “*el Hijo del hombre*”. ¿Era por pudor? ¿Modestia? ¿Discreción? Con él, ¿se *desendiosaba* (literalmente)?

No. Usaba otro de los apellidos del Cristo, y el de algunos que fueron privados de Yahvéh.

Visión de Daniel

Daniel tuvo un sueño que anotó enseguida:

“Yo seguía contemplando en las visiones de la noche:
Y he aquí que en las nubes del cielo venía
como un Hijo de hombre.
Se dirigió hacia el Anciano
y fue llevado a su presencia.
A él se le dio imperio,
honor y reino,
y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron.
Su imperio es un imperio eterno,
que nunca pasará...” (*Daniel*, VII, 13 – 14)

Representaba al Mesías.

Ezequiel

En las orillas del río Kebar, en el país de los caldeos, miró Ezequiel, y se abrió el cielo, “y allí fue sobre él la mano de Yahvéh”, y vio su Carro, y lo saludaba una y otra vez como “Hijo del hombre”, y mandó que se comiese un libro enrollado, celestial, lleno de ayes, y se querellase contra los de su Casa (*Ezequiel*, I - III).

Henoc

“Henoc anduvo con Dios. (...) El total de los días de Henoc fue de trescientos sesenta y cinco años. Henoc anduvo con Dios y desapareció porque Dios se lo llevó” (*Génesis*, V, 22 - 24).

Quiso el Señor, porque lo amaba, y porque era “ejemplo de ciencia”, que Henoc lo acompañase aún, y “lo trasladó”, para que no muriese (*Eclesiástico Sirácida*, XLIV, 16; *Epístola a los hebreos*, XI, 5; *Sabiduría*, IV, 10 – 11).

El héroe que titula el *Libro Etiópico de Henoc* es el secretario de Dios, su favorito, y aprendió todos los misterios. Estaba antes del principio, y nos juzgará al final, es “el Ungido del Señor”, y quiso Él que no se acabase. Y muchas veces gasta el apellido de “*Hijo del hombre*”.

Jesús

“*Hijo del hombre*”, se llamaba Jesús, para expresar su humildad radical, no quiero techo, ni almohada (*Mateo*, VIII, 20), y vengo a servir, y a rescatar, a cambio de mi vida, a muchos (*Mateo*, XX, 28; *Marcos*, X, 45).

También, para publicarse “señor del sábado” (*Marcos*, II, 28).

También, para anunciar las tres veces de los cuentos su Pasión y Resurrección, su Semana Santa (*Lucas*, IX, 22; IX, 44; XVIII, 31 – 34; *Marcos*, XIV, 21; IX, 31; X, 33 – 34; *Mateo*, XVII, 12; XVII, 22; *Marcos*, IX, 31).

También, para decir a los suyos, oh you'll miss me like hell: “Vendrán días en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre, y no lo veréis” (*Lucas*, XVII, 22).

También, para anunciar su Parusía, vendrá el Hijo del hombre segunda vez (no digo, ni sé, el día, ni la hora), tremendo, y os juzgará, éste me defendió, éste me negó (*Lucas*, XVII, 23 – 25; XII, 8 – 9; XII, 40; XXI, 36; *Marcos*, VIII, 38; XIII, 26; *Mateo*, XXIV, 30; XXV, 31).

También, para fijar su divinidad: “El Sumo Sacerdote le preguntó de nuevo: ‘¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?’ Y dijo Jesús: ‘Sí, yo soy, y veréis al Hijo de hombre...’” (*Marcos* XIV, 61 – 62)

Se ha ido el Cristo, y Esteban, lleno del Espíritu Santo, ve “los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios” (*Hechos de los apóstoles*, VII, 56).

Y Juan, alucinado en la isla de Pafos, avanza el final de los tiempos, y, gobernando nuestras últimas suertes, “*como a un Hijo de hombre*, vestido de una túnica talar, ceñido al talle con un ceñidor de oro” (*Apocalipsis*, I, 13), o, sobre una nube, “sentado”, “*uno como Hijo de hombre*, que llevaba en la cabeza una corona de oro y en la mano una hoz afilada” (*Apocalipsis*, XIV, 14). Y era, claro, Nuestro Señor.

Interesa a Jesús que aseguren, con la fe, su extraño sobrenombre. A aquel ciego, por ejemplo, le pregunta: “¿*Tú crees en el Hijo del hombre?*” Él respondió: ‘¿Y quién es, Señor, para que crea en él?’ Jesús le dijo: ‘Le has visto; el que está hablando contigo, ése es.’ Él entonces dijo: ‘*Creo, Señor*’” (*Juan*, IX, 35 – 38). Y vio.

el Cristo

Daniel pronostica a “*un Príncipe Mesías*” que, después de sesenta y dos semanas, “será suprimido, y no habrá para él...” (*Daniel*, IX, 25 – 26) Ahí se corta el texto, la Palabra revelada. Diría, dicen, a Nuestro Señor.

Te vuelves, mediante el óleo de la unción, hijo de Yahvéh (*Salmos*, II, 2 y 7). “El Ungido” traduce, en hebreo, al “Mesías” y, en griego, al “Cristo”. Ungieron, primero, al Rey, y más adelante al Sacerdote. Es, en los *Salmos*, el título de David, y de los de su Casa, y, en el Nuevo Testamento, el de Jesús.

Lo conocen como tal Herodes, cuando los Magos lo enteran de la Estrella (*Mateo*, II, 4), y Andrés, su discípulo primero, o segundo (*Juan*, I, 41), y Pedro (*Marcos*, VIII, 27 – 29; *Mateo*, XVI, 13 – 20; *Lucas*, IX, 21), que gana, por eso, mucho, y todos los demonios (*Lucas*, IV, 41). Y de eso lo acusan, sobre todo (es su crimen peor), ante Pilato, que dice que es “*Cristo Rey*” (*Lucas*, XXIII, 2).

Una sola vez, sin embargo, ¿o me equivoco?, se dice Jesús el Cristo, y evita, además, pronunciar el nombre. Le ha dicho la samaritana: “‘Sé que va a venir *el Mesías, el llamado Cristo*. Cuando venga, nos lo explicará todo.’ Jesús le dice: ‘*Yo soy*, el que te está hablando’” (*Juan*, IV, 25 – 26).

El Hijo de Dios

Satanás

“*Si eres Hijo de Dios...*” (*Mateo*, IV, 3, 6; *Lucas*, IV, 3, 9) Satanás, en el desierto, para tentarlo, ensayaba el orgullo de Jesús, y la certeza de su parte divina.

Según San Marcos

Jesús, con sus apellidos simbólicos (“el Cristo”, que vale “el Ungido”) y naturales, titula la *historia*, o *noticia*, de Marcos: “Comienzo del Evangelio de *Jesucristo, Hijo de Dios*” (*Marcos*, I, 1).

Hijo de Él, y la misma cosa que Él (según San Juan)

Es (fue) su “Hijo único” (*Juan*, I, 14; I, 18; III, 16; III, 18), su Palabra encarnada (*Juan*, I, 14). Venía de su parte, para decirlo, para contarlo. Eran, él y el Padre, la misma cosa: “Yo y el Padre somos uno” (*Juan*, X, 30). Era, sí, “*el Hijo del hombre*”, pero “el Padre, Dios”, lo “ha marcado con su sello” (*Juan*, VI, 27). Según San Juan.

“Yo Soy”

Cuando los suyos querían saber su *nombre*, Él se lo callaba, porque “es *maravilloso*” (*Jueces*, XIII, 18). Si lo pronunciasen exactamente, lo conocerían, y se terminarían, o se terminaría Él. “*Yo soy el que soy*”, dijo Él érase una vez. “Éste es *mi nombre* para siempre...” (*Éxodo*, III, 13 – 15). El Señor habla con humos, lomienhiesto.

“Y miró Dios a los hijos de Israel y conoció...” (*Éxodo*, II, 25)
El verso se rompe ahí. Conoció, claro, su desgracia, y quiso remediarla. Y el ángel de Yahvéh se apareció a Moisés (pero éste “se cubrió el rostro”, miedoso de verlo) en Horeb, Su montaña sagrada, y le ordenó que sacase a su gente de Egipto y la pastorease hasta aquella tierra que manaba “leche y miel”, “al país de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los perizitas, de los jivitas y de los jebuseos” (*Éxodo*, III, 1 – 8).

“Contestó Moisés a Dios: ‘Si voy a los israelitas y les digo: ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’; cuando me pregunten: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?’ Dijo Dios a Moisés: ‘Yo soy el que soy.’ Y añadió: ‘Así dirás a los israelitas: Yo soy me ha enviado a vosotros.’¹⁰ Siguió Dios diciendo a Moisés: ‘Así dirás a los israelitas: *Yahvéh*, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. *Éste es mi nombre para siempre, por él será invocado de generación en generación*’” (*Éxodo*, III, 13 – 15).

Puede uno pronunciar, y escribir, Dios (Elohim), porque es arca vacía, que no dice qué es. Porque no es Su *nombre*. Y(a)hv(é)h, no. Entienden los filólogos que Y(a)hv(é)h parece “una forma arcaica” del verbo ser.¹¹ El fantástico tetragrama “sería la tercera persona del verbo *hyh*, *hayah*, ser, o sea: ‘él es’, retomando el ‘yo soy’ de *èhiè* en *èhiè ashèr èhiè*. Por esta razón se pudo traducir esta frase: ‘yo soy el que se llama –o ‘que es’-- yo soy’”.¹²

El “nombre de Yahvéh” lo empleó primero Enós, el hijo de Set (*Génesis*, IV, 26), pero sus descendientes lo olvidaron. A Abraham, a Isaac y a Jacob Dios (Elohim) se apareció “como *Él Sadday*”, y calló su “*nombre de Yahvéh*” (*Éxodo*, VI, 3; *Génesis*, XXXII, 30).

¹⁰ Así lo tradujo también Casiodoro de Reina, en 1569 (versión revisada por Cipriano de Valera, en 1602).

¹¹ *Biblia de Jerusalén*. Nota a *Éxodo*, III, 13.

¹² Porge (2001: 150).

Su *nombre* no podía decirse porque “es *maravilloso*” (*Jueces*, XIII, 18). A Moisés Dios le dijo lo que le dijo, y, por fin, descubrió a su “Siervo” (Israel), sobre el cual había puesto su “espíritu” (*Isaías*, XLII, 1): “Yo, *Yahvéh*, ése es mi nombre” (*Isaías*, XLII, 8).

Jesús mandó que los suyos comenzasen su oración principal ahijándose a Él y alabando enseguida su *Nombre*, que importaba.

“Vosotros, pues, orad así:
Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea *tu Nombre*...” (*Mateo*, VI, 9)

“Él les dijo: ‘Cuando oréis, decid:
Padre, santificado sea *tu Nombre*...’” (*Lucas*, XI, 2)

Jesús, en oración, hablando con Papá, tuteándolo, le decía cómo había “manifestado” su “*Nombre*” “a los hombres”. “Yo he dado a conocer *tu Nombre* y se lo seguiré dando a conocer...” (*Juan*, XVII, 6, 26) Y sabía (pero tenía miedo) en las vísperas de su Pasión, que ésta serviría para glorificar “*tu Nombre*” (*Juan*, XII, 27 – 28).

Pero su *Nombre* (el del Padre) era también el suyo (el del Hijo). Es pecado que os perderá para el Cielo, avisaba el Cristo, no creer “en el *Nombre* del Hijo único de Dios” (*Juan*, III, 18), no creer que “*Yo Soy*” (*Juan*, VIII, 24).

“No comprendieron que les hablaba del Padre. Les dijo, pues, Jesús: ‘Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que *Yo Soy*...’” (*Juan*, VIII, 27 - 28).

“Entonces los judíos le dijeron: ‘¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?’ Jesús les respondió: ‘En verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, *Yo Soy*.’” (*Juan*, VIII, 57 - 58)

“...pero tiene que cumplirse la Escritura: ‘El que come mi pan ha alzado contra mí su talón.’ [Lo decía por el peor Judas.] “Os lo digo desde ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis que *Yo Soy*” (*Juan*, XIII, 18 – 19).

“¿A quién buscáis?’ Le contestaron: ‘A Jesús el Nazareno.’ Díceles: ‘*Yo soy.*’ Judas, el que le entregaba, estaba también con ellos. Cuando les dijo: ‘*Yo soy.*’, retrocedieron y cayeron en tierra. Les preguntó de nuevo: ‘¿A quién buscáis?’ Le contestaron: ‘A Jesús el Nazareno.’ Respondió Jesús: ‘Ya os he dicho que *yo soy...*’ (*Juan*, XVIII, 4 – 8)

Quiso parecer Él misterioso, secreto. Jacques Lacan investigó la *clave* de Su *nombre*, la llave que lo abre (que lo clausura). También, su cifra, que tapa (y descubriría) su secreto. Fijado por “una grafía”, *Yhwh*, que encierra Su esencia, y no puede pronunciarse, “se convierte en metáfora de un agujero”.¹³ Ese nombre no sirve de “asidero” a Su “ser”. “El nombre es un sin-nombre.”¹⁴ De ahí que André Caquot hable de “pseudónimo de Dios”. Dios “revela” a Moisés “su existencia pero disimula su identidad”, ocultándola debajo de esa “primera palabra de esta declaración, *éhyèh*, que ocupa el lugar del nombre propio que Moisés espera”.¹⁵ ¹⁶ Se trata, por lo tanto, de “un Dios que se presenta como esencialmente escondido”.¹⁷ Este Dios gallego se hurta a declarar quién es. Su *Yo soy* “instala en el corazón de la respuesta un agujero, una barra.”¹⁸ Pues bien, este “agujero produce remolinos, engulle más bien y además hay momentos en que vuelve a escupir, ¿qué?”¹⁹ Aquel *nombre* que no es *nombre*, o vale todos los nombres.

¹³ Porge (2001: 172).

¹⁴ Porge (2001: 150 – 151).

¹⁵ André Caquot, <<Les enigmes d’un hémistique biblique>>, en *Dieu et l’Etre*, p. 24. En Porge (2001: 151).

¹⁶ Porge (2001: 151).

¹⁷ F. Michaeli, *Le livre de l’Exode*, Neuchâtel, París, Delachaux et Niestlé, 1974., p. 44. En Porge (2001: 151).

¹⁸ Porge (2001: 152).

¹⁹ Jacques Lacan, *RSI*, 15 – IV – 1975. En Porge (2001: 152).

¿Creéis o no que soy hijo de tanto?

Tocado por el Espíritu Santo, Jesús dijo: “...y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce bien nadie sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (*Mateo*, XI, 27; *Lucas*, X, 22).

Lo enfadaban quienes no lo conocían como Hijo de Dios, y su doble. Faltaban encima, cortos de fe, a su Padre (*Juan*, VIII, 18 – 19; VIII, 42 – 43; X, 22 – 30; XIV, 6 – 11). Y condena al que no cree “en el *Nombre* del Hijo único de Dios” (*Juan*, III, 16 – 18).

En casa, en Nazaret, era peor. Allí estudiaban su parentela natural, o aparente, y consideraban su *historia* dudable, no, fantástica:

“¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde le viene todo esto?’ Y se escandalizaban a causa de él” (*Mateo*, XIII, 55 – 57).

“¿De dónde le viene esto? (...) ¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, Joset, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros?’ Y se escandalizaban a causa de él” (*Marcos*, VI, 2 – 3).

“Y decían: ‘¿No es éste el hijo de José?’” (*Lucas*, IV, 22)

Como Jesús notó “su falta de fe”, dijo lo de nadieesprofetaensupatria, y pudo en ella muy pocos milagros (*Mateo*, XIII, 57 – 58; *Marcos*, VI, 4 – 6; *Lucas*, IV, 24).

Los judíos procuraban la muerte de Jesús porque descuidaba los sábados y se declaraba Hijo de Dios, y se igualaba a Él (*Juan*, V, 16 – 18). Ésa fue la causa principal de su condena (*Marcos*, XIV, 64; *Mateo*, XXVI, 65 – 66).

Subido al palo santo, se burlaban de él, ¿no decía que era “el Cristo de Dios, el Elegido”? (*Lucas*, XXIII, 35), ¿no decía, “Soy Hijo de Dios”? (*Mateo*, XXVII, 43) Y papá, en su suerte peor, ¿no desclavaba a su chico?

Una y otra vez Jesús pide (pero es advertencia severísima) que crean en él como Hijo de Dios, y lo amen, pues ganarán, con ello, mucho, casi todo, después del final, en el otro lado de las cosas (*Juan*, III, 16 – 18; VI, 40; XVI, 27)

Testigos de su apellido

Los demonios, o espíritus inmundos, cuando Jesús los echaba de los cuerpos que ocupaban, lo conocían, y publicaban su padre, divino: “Sé quién eres tú: el Santo de Dios” (*Marcos*, I, 24; *Lucas*, IV, 34). “Tú eres el Hijo de Dios” (*Marcos*, III, 12; *Lucas*, IV, 41). “¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios?” (*Mateo*, VIII, 29) “¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo?” (*Lucas*, VIII, 28; *Marcos*, V, 7)

Cuando lo vieron caminar sobre las aguas los de la barca lo supieron: “Verdaderamente eres Hijo de Dios” (*Mateo*, XIV, 33).

Jesús pregunta a sus discípulos, lleno, me parece, de ansiedad: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (*Mateo*, XVI, 15; *Lucas*, IX, 20; *Marcos*, VIII, 29)

“Simón Pedro contestó: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.”” (*Mateo*, XVI, 16) Ahí (por eso) dio Jesús a Simón el nombre nuevo de Pedro, que lo instituía como roca solar de su Iglesia, y la capacidad de hacer y deshacer en ella, y las llaves de la portería del cielo.

Y, en fin, el centurión que hacía la centinela de su agonía, observando las maravillas que acompañaron su muerte, comentó: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios” (*Mateo*, XXVII, 51 – 54).

“Sí, tú lo has dicho.”

“Vosotros lo decís: *Yo soy*.”

En los evangelios sinópticos (*marcosmateolucas*) casi nunca (¿nunca?) dice Jesús, yo soy el hijo de dios. Se llama, casi siempre, “el *Hijo del hombre*”. Cuando alguno acierta su naturaleza manda casi siempre que no la saquen a plaza, esto que sabes, cállatelo. Sólo ante el Sanedrín, porque lo fatigan con su interrogatorio, y para ganar su crucifixión, dice, sí, era yo, *yo soy*.

“Entonces se levantó el Sumo Sacerdote y poniéndose en medio preguntó a Jesús: ‘¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos atestiguan contra ti?’ Pero él seguía callado y no respondía nada. El Sumo Sacerdote le preguntó de nuevo: ‘¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?’ Y dijo Jesús: ‘Sí, *yo soy*, y veréis al Hijo del hombre...’” (*Marcos*, XIV, 60 – 62)

“Entonces se levantó el Sumo Sacerdote y le dijo: ‘¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos atestiguan contra ti?’ Pero Jesús seguía callado. El Sumo Sacerdote le dijo: ‘*Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.*’ Dícele Jesús: ‘*Sí, tú lo has dicho.* Y yo os declaro que a partir de ahora veréis al hijo del hombre...” (Mateo, XXVI, 63 – 64)

“‘Si tú eres el Cristo, dínoslo.’ Él respondió: ‘Si os lo digo, no me creeréis. Si os pregunto, no me responderéis. De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios.’ Dijeron todos: ‘*Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?*’ Él les dijo: ‘*Vosotros lo decís: Yo soy*” (Lucas, XXII, 67 – 70).

El Sumo Sacerdote se rasgó las vestiduras, escandalizado. Pareció blasfemia, y lo juzgaron, por ella, “reo de muerte” (Marcos, XIV, 64; Mateo, XXVI, 65 – 66).

Palabra de Papá

Fue lo de Juan el Bautista, en el Jordán.

“Y una voz que salía de los cielos decía: ‘*Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco*” (Mateo, III, 17).

“Y se oyó una voz que venía de los cielos: ‘*Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco*” (Marcos, I, 11).

“...y vino una voz del cielo: ‘*Tú eres mi hijo: yo hoy te he engendrado*” (Lucas, III, 22).

Fue la Transfiguración en un monte alto delante de Pedro, Santiago y Juan. Jesús conversaba con Elías y Moisés. Los cubrió una nube con su sombra, y salió una voz de ella, y dijo: “*Éste es mi Hijo amado, [mi Elegido], [en quien me complazco], escuchadle*” (Marcos, IX, 7; Mateo, XVII, 5; Lucas, IX, 35).

Jesús, viéndose así ahijado, se sentiría, me parece, casi feliz: “Y el Padre, que me ha enviado, es el que ha dado testimonio de mí” (Juan, V, 37 - 38).

Abbá

José y María han extraviado (para siempre lo han perdido) al difícil adolescente (tenía doce años), y lo encuentran por fin en el Templo de Jerusalén. “Él les dijo: ‘Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en *la casa de mi Padre?*’” (*Lucas*, II, 41 – 50) Ya sabe Jesús los ríos que remonta su sangre.

En Getsemaní, a punto de su Pasión, Jesús le pedía que apartase de él el cáliz. O no. Que se hiciese Su voluntad. “¡Abbá, Padre!”, le dice (*Marcos*, XIV, 36). “*Padre mío*”, le dice (*Mateo*, XXVI, 39). “*Padre*”, le dice (*Lucas*, XXII, 41 – 42).

Sólo en otra ocasión, en los evangelios sinópticos, lo tutea Jesús, con su último (literalmente) aliento: “*Padre*, en tus manos pongo mi espíritu” (*Lucas*, XXIII, 45 – 46).

Desde la cruz, Jesús nota su soledad y duda, acaso, de su ascendencia mejor:

“A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: ‘*Eloí, Eloí, ¿lema sabactani?*’ —que quiere decir— ‘¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’” (*Marcos*, XV, 34)

“Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: ‘*Elí, Elí, ¿lemá sabactani?*’, esto es: ‘¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’” (*Mateo*, XXVII, 46)

“I am (not) what I am.”

“Then think you right. *I am not what I am.*”²⁰ “Entonces pensáis bien. *Yo no soy lo que soy*”. Dice Viola, que finge que es Cesario, “Eunuco”.

“*I am not what I am.*”²¹ “*Yo no soy lo que soy*”. Dice Yago, el falsificador.

En el camino de Cesarea de Filipo, o interrumpiendo una oración, Jesús pregunta a sus discípulos: “‘Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?’ Ellos dijeron: ‘Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas.’ Díceles él: ‘Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?’ Simón Pedro contestó: ‘Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.’” Ah, Simón, por esto gastarás el sobrenombre de Pedro, y valdrás, y alcanzarás, aquí, mucho, casi todo. Ahora, vosotros, de mis títulos, chitón (*Mateo*, XVI, 13 – 20; *Marcos*, VIII, 27 – 30; *Lucas*, IX, 18 – 21).

Bajó el Cristo y supieron quién era, qué era, muy pocos, Juan el Bautista, su adelantado, María Magdalena, esa otra María, la hermana de Lázaro, Juan (su ojito derecho), Pedro, y todos los demonios... Lo desconocieron, en cambio, su madre y sus hermanos, y dudó de él Tomás, que fue o pareció su Mellizo... Él mismo, clavado en la cruz, vaciló un momento (“¡Señor, Señor, por qué me has abandonado!”).

²⁰ William Shakespeare, *Noche de Reyes*, III, I, 143.

²¹ William Shakespeare, *Otelo*, I, I, 64.

Demás *misterios de la carne de Cristo*

Introducción

El primero de los llamados “*misterios de su carne*” toca al principio del Cristo. Van los demás.

Creo, dices, santiguándote, que Jesús “padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos...”²² Protestas con tanto su Pasión, y la cruz, y su muerte, absoluta (su cuerpo agusanándose, el alma, separada ya de él, en la otra orilla de las cosas). No hay nada más extraño para el cristiano, que su Señor, para salvarlo, se humillase, cediese de su autoridad (*Aut.*), arrimase su mitad divina, se acabe.

Enseguida, aliviado, dices (no, rezas), y creo que “resucitó de entre los muertos al tercer día”, y subió “al cielo”, o “a los cielos”, y “está sentado a la derecha del Padre”.

²² El *Símbolo de los Apóstoles* es, en estos puntos, el más completo y el mejor ordenado.

Misa

Jesús ha hartado, con cinco panes de cebada y dos peces, a una muchedumbre (*Juan*, VI, 1 – 15), y ahora, en la sinagoga de Cafarnaúm, aprovecha el milagro para sus clases de Teología Postmoderna. “En verdad, en verdad os digo...” “Yo soy el pan de la vida”, les decía, “pan vivo”, pan celestial que, si creyerais en mí, os aseguraría, si comieseis de él, que viviríais para siempre, luego, cuando cuenta (*Juan*, VI, 30 – 31; 35 – 36; 47 - 56).

Era la tarde del día de los Ázimos, y durante la cena pascual Jesús partió con los de su Tabla el pan y el vino, y *eran* (no dice “valían”; tampoco, “significaban”) su cuerpo y su sangre. Así comulgáis conmigo, primera vez en el mundo, y establezco simbólicamente la Nueva Alianza. Será sacramento, el de la Eucaristía, que servirá para recordar mi ofrenda horrorosa (*Mateo*, XXVI, 26 – 29; *Marcos*, XIV, 22 – 25; *Lucas*, XXII, 17 – 20; *Primera epístola a los Corintios*, X, 16 – 17; XI, 23 – 25).

Moisés había sellado, con sangre de novillos, la Alianza Vieja de Israel con Yahvéh (*Éxodo*, XXIV, 5 – 8). Los cristianos tenemos que comer “la carne del Hijo del hombre”, y beber su sangre, para ser uno con él (*Juan*, VI, 53 - 56).

Y sostenemos, en el banquete ritual, la memoria de la especie de muerte de nuestro señor, “hasta que venga” a la otra, en lo último (*Primera epístola a los Corintios*, XI, 23 – 25).

Cruzados

“Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles...” (*Primera epístola a los Corintios*, I, 22 – 23)

Nuestro príncipe divinal nos redime, creemos (somos sus cruzados), desde el madero de su derrota. Hijo de mucho, no supo (¿no quiso?) esquivar los *pasos* de su *auto*, que había escrito su Padre, y que terminaban en su muerte *gore*.

“...descendió a los infiernos...”

Jesús murió en la carne, pero su alma bajó “a predicar a los espíritus encarcelados” (*Primera epístola de Pedro*, III, 18 - 19). Las apócrifas *Actas de Poncio Pilato*, que Ananías tradujo del hebreo al griego, cuentan la entrada de la sombra de Jesús en el infierno, y su victoria sobre Satanás. Todo “lo que ganaste por el Árbol de la Ciencia”, le decía al Ángel Caído, lo has perdido ahora en la Cruz.

Post-mortem

Falsificación

Los sumos sacerdotes fabricaron esta *historia*. Que robaron a Jesús, nocturnos, sus discípulos. “Y se corrió esa versión entre los judíos, hasta el día de hoy” (*Mateo*, XXVIII, 11 – 15).

“de entre los muertos”

Cristo “resucitó”, o lo rescató su Padre, “*de entre los muertos*” (*Hechos de los Apóstoles*, III, 15; *Primera epístola a los Corintios*, XV, 20; *Epístola a los romanos*, VIII, 11).

La Señal de Jonás

El libro de *Jonás* cuenta cómo el héroe que lo titula no quiso ser el correo de la cólera de Yahvéh contra Nínive, y se embarcó hacia Tarsis. Una tempestad amenazaba la nave, y Jonás entendió su culpa, y pidió que lo arrojasen al mar. “Dispuso Yahvéh un gran pez que se tragase a Jonás, y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches.” Rezó Jonás a su Señor, y Yahvéh ordenó que la ballena lo vomitase en la playa. Y Jonás fue a Nínive, y “los ninivitas creyeron en Dios”, y Yahvéh se compadeció de ellos.

Jonás, en su oración, compara el vientre de la ballena con el *sheol*. Tres días estuvo en aquel infierno, hasta que su Señor lo sacó de él. Jesús utilizará su *historia* como *ejemplo*. “Esta generación”, “malvada” y “adúltera”, pedía “una señal”, “una señal”. Pues no se les daría “otra señal que la señal de Jonás”, y sería que “el Hijo del hombre” (era mucho mayor que Jonás, mucho mayor) estaría “en el seno de la tierra tres días y tres noches”, y saldría luego de ella (*Marcos*, VIII, 11 – 13; *Mateo*, XVI, 1 – 4; *Lucas*, XI, 29 – 30; 32; *Mateo*, XII, 38 – 41).

Apóstolas de su Resurrección (de parte de uno o dos ángeles)

Domingo (será desde ahora el Día del Señor) de madrugada. María Magdalena, María la de Santiago y Salomé (*Marcos*, XVI, 1) o “María Magdalena y la otra María” (*Mateo*, XXVIII, 1), o “María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas” (*Lucas*, XXIV, 10), o María, sola (*Juan*, XX, 11 - 13), hallan la piedra apartada, y el sepulcro vaciado, y al “Ángel del Señor” (*Mateo*, XXVIII, 2), o a “un joven”, “vestido con una túnica blanca” (*Marcos*, XVI, 5), o a “dos hombres con vestidos resplandecientes” (*Lucas*, XXIV, 4), o a “dos ángeles de blanco” (*Juan*, XX, 11 - 13) que les dice(n), no tengáis miedo, buscáis a Jesús de Nazaret, el que han crucificado, no está, mirad dónde lo habían puesto, ¿os acordáis?, él decía, acabarán al Hijo del hombre, pero resucitará al tercer día (*Marcos*, XVI, 1 – 6; *Mateo*, XXVIII, 1 – 6; *Lucas*, XXIV, 2 - 8). Y ahora id y contadles esto a sus discípulos, y que “irá delante de vosotros a Galilea”, y que “allí le veréis”. Ellas lo callaron, sobrecogidas (*Marcos*, XVI, 7 – 8), o “corrieron a dar la noticia” (*Mateo*, XXVIII, 7 - 8). Fueron, sí, dice Lucas. “Pero [a los Once y a todos los demás] todas estas palabras les parecían como desatinos y no les creían” (*Lucas*, XXIV, 9 – 11).

Apóstolas de su Resurrección (de parte de Jesús)

“En esto, Jesús les salió al encuentro [a María Magdalena y a “la otra María”] y les dijo: ‘¡Dios os guarde!’ Y ellas, acercándose, se asieron a sus pies y le adoraron. Entonces les dice Jesús: ‘No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán’” (*Mateo*, XXVIII, 9 – 10).

“Jesús resucitó en la madrugada, el primer día de la semana, y se apareció primero a María Magdalena (...). Ella fue a comunicar la noticia a los que habían vivido con él, que estaban tristes y llorosos. Ellos, al oír que vivía y que había sido visto por ella, *no creyeron*” (*Marcos*, XVI, 9 – 11).

“Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: ‘Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?’ Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: ‘Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.’ Jesús le dice: ‘María.’ Ella se vuelve y le dice en hebreo: ‘Rabbuní’ –que quiere decir: “Maestro”--. Dícele Jesús: ‘No me toques, que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre, que es el vuestro, y a mi Dios, vuestro Dios.’ Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras” (*Juan*, XX, 14 - 18).

Solamente Lucas no cuenta a Jesús apareciéndose a las maris.

Jugar alcancías, o que te cojo (Pedro y Juan)

Juan (es él, el favorito de Jesús) se cuenta haciendo una carrera con Simón Pedro hacia el sepulcro:

“El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro. Echa a correr y llega donde Simón Pedro y donde el otro discípulo a quien Jesús quería y les dice: ‘Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto.’ Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron hacia el sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llega también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve las vendas en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a las vendas, sino plegado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; *vio y creyó*, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos. Los discípulos, entonces, volvieron a casa” (*Juan*, XX, 1 – 10).

Lucas sólo recuerda a Pedro, el cual, enterado por las mujeres, ve el sepulcro vacío, y la mortaja en el suelo (*Lucas*, XXIV, 12).

Pablo confirma “que se apareció a Cefas y luego a los Doce” (*Primera epístola a los Corintios*, XV). Ignora a Juan.

Marcos y Mateo no saben aquí ni a Pedro ni a Juan.

Camino de Emaús

“Después de esto, se apareció, bajo otra figura, a dos de ellos cuando iban de camino a una aldea. Ellos volvieron a comunicárselo a los demás; *pero tampoco creyeron a éstos*” (*Marcos*, XVI, 9).

Lucas cuenta más por menudo lo de los dos que tuvieron, sin saberla, la compañía de Jesús en el camino de Emaús. Hasta que, sentado con ellos a la mesa, partió con ellos el pan, repitiendo el gesto de la Última Cena, y “desapareció de su lado”. “Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos”, y “contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan” (*Lucas*, XXIV, 13 – 35).

Los Once (1)

No han creído, los Once, la noticia de Jesús resucitado. No se han fiado de María Magdalena (*Marcos*, XVI, 1), ni de los dos que lo vieron en el camino de Emaús (*Marcos*, XVI, 9). De Pedro sí. Cuando estos dos llegan donde los Once estaban reunidos, “decían: ‘¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!’” (*Lucas*, XXIV, 34)

Los Once (2)

Ahora Jesús se aparece delante de ellos, en un monte de Galilea, donde los había citado. “Y al verle le adoraron; *algunos sin embargo dudaron*” (*Mateo*, XXVIII, 16 – 17). O bien “se les apareció” “estando a la mesa los once discípulos (...) y les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado” (*Marcos*, XVI, 14).

Los Once (3)

Si no necesitaron más pruebas, ver las heridas de los clavos en las manos y en los pies, la de la lanza en el costado, verlo comer un pez asado delante de ellos (*Lucas*, XXIV, 36 – 43; *Juan*, XX, 19 - 20).

Tomás

Más cabezón fue Tomás en su incredulidad:

“Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: ‘Hemos visto al Señor.’ Pero él les contestó: ‘Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.’ Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: ‘La paz con vosotros.’ Luego dice a Tomás: ‘Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.’ Tomás le contestó: ‘Señor mío y Dios mío.’ Dícele Jesús: ‘Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído’” (*Juan*, XX, 24 - 29).

Epítome de sus apariciones

Pablo resume las apariciones de Cristo resucitado, y las ordena además:

“...se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron. Luego se apareció a Santiago; más tarde, a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció también a mí, como a un abortivo. Pues yo soy el último de los apóstoles...” (*Primera epístola a los Corintios*, XV, 5 – 9)

Orillas del Lago Tiberíades

Desde una orilla del Lago Tiberíades Uno, con tino fabuloso, les dice dónde echar las redes, y cogen segunda, abundantísima pesquera. Prepara unas brasas en la orilla, asa los peces, parte con ellos el pan. Lo conoció enseguida “el discípulo a quien Jesús amaba” (era Juan), y luego Pedro, y luego los demás (Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otro cuyo nombre no se dice), por la pesca milagrosa, y por el gesto, que repite el de la Última Cena (*Juan*, XXI, 1 – 14).

Allí hizo Jesús a Pedro, porque dijo tres veces su amor, su mayoral, guardián principal de su infinito rebaño (*Juan*, XXI, 15 – 17), y le indicó la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios (*Juan*, XXI, 18 – 19). Y luego, del “discípulo a quien Jesús amaba, que además durante la cena se había recostado en su pecho”, dice a Pedro:

“‘Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme.’ Corrió, pues, entre los hermanos la voz de que este discípulo no moriría. Pero Jesús no había dicho a Pedro: ‘No morirá’, sino ‘Si quiero que se quede hasta que yo venga.’ Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y que las ha escrito, y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero” (*Juan*, XXI, 20 – 24).

Ascensión

Quiso marcar con una segunda cuarentena el final de su ministerio, y acudía a sus discípulos a diario, iluminándolos (casi alumbrándolos de nuevo) con sus palabras póstumas. Y luego, delante de sus ojos, subió al cielo (*Hechos de los Apóstoles*, I, 1 – 11; *Marcos*, XVI, 19) ; *Lucas*, XXIV, 49 – 53).

Su Parusía

Y “vendrá”, dices de corrido, juntando todos los *Credos*, “desde allí, segunda vez, a juzgar a los vivos y a los muertos, y su reino no tendrá fin”.

“Días vendrán en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre, y no lo veréis” (*Lucas*, XVII, 22). “Dentro de poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver” (*Juan*, XVI, 16). Dijo Jesús, y a menudo decía, pero el Hijo del hombre vendrá, vendrá tremendo, con mucho aparato (*Mateo*, XVI, 27; XXV, 31). “No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros” (*Juan*, XIV, 18). Decía.

“Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles de los cielos, *ni el Hijo*, sino sólo el Padre” (*Mateo*, XXIV, 36). “*Ni el Hijo.*” Esto falta en algunos manuscritos, y la *Vulgata*, y algunas de las Biblias más autorizadas, prefieren el agujero. Acaso porque parece terrible decir Jesús, ni el Hijo, yo tampoco, hay ahí una falla en su conocimiento que nos causa gran desazón.

Y sí, después de su ascensión, “dos hombres vestidos de blanco” riñen a sus discípulos, de qué os admiráis, este Jesús que os han quitado ahora va a regresar (*Hechos de los Apóstoles*, I, 9 - 11).

“Sí, vengo pronto.” Le dice a Juan, en Pafos (es revelación, apocalipsis). Y Juan responde, beato: “¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (*Apocalipsis*, XXII, 20)

Pablo anuncia la “*Venida*” del Cristo (*Primera epístola a los Corintios*, XV, 23). Pedro afirmaba que “el cielo” retendría a Jesús “hasta el tiempo de la restauración universal”, que estaba dicha, y escrita (*Hechos de los apóstoles*, III, 20 – 21).

En sus primeras misas decían, en arameo, los cristianos, “*Maran atha*”, “*el Señor viene*” (¿o era “*Marana tha*”, “*Señor, ven*”?) (*Primera epístola a los corintios*, XVI, 22), certificando religiosamente su fe en su Parusía, o Segunda Venida, y es el siguiente artículo de su *Credo*.

Testigos principales

Introducción

Jesús *fue*, y *no fue* luego. Y encargó que hicieran de testigos de Su Palabra, y de sus *vidas*, aún, y hasta su regreso, en nuestra última hora, a la Tercera Persona y a los hijos de Pedro. De ahí que sea de mucha monta que el cristiano declare su fe “en el Espíritu Santo” y en “la Iglesia”, calificada como “una, santa, católica y apostólica”²³.

²³ En el *Credo Niceno-Constantinopolitano*.

“...en el Espíritu Santo...”

Misión del Paráclito

“Pues, ¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (...) Pues tres son los que dan testimonio: *el Espíritu*, el agua y la sangre” (*Primera epístola de san Juan*, V, 5 – 7).

Ha pasado Jesús. Decían al Cristo esto (“el agua”: Juan el Bautista), esto (“la sangre” derramada). Y todavía no lo conocen. Bajará, entonces, el Espíritu Santo, que vale la Verdad, y traerá su noticia (póstuma).

El Espíritu Santo viene a certificar al Cristo, a sancionar su realidad. Si Juan el Bautista venía en su vanguardia, el Paracleto llega detrás, cuando ya no está, no está:

“Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. Pero *el Paráclito, el Espíritu Santo*, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (*Juan*, XIV, 25 – 26).

“Y yo pediré al Padre y os dará *otro Paráclito*, para que esté con vosotros para siempre, *el Espíritu de la verdad...*” (*Juan*, XIV, 16 – 17)

“Cuando venga *el Paráclito*, que yo os enviaré de junto al Padre, *el Espíritu de la verdad*, que procede del Padre, él dará testimonio de mí” (*Juan*, XV, 26).

“Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros *el Paráclito* (...) y cuando él venga, convencerá al mundo (...) porque no creen en mí... (...) Cuando venga él, *el Espíritu de la verdad*, os guiará hasta la verdad completa...” (*Juan*, XVI, 7 – 15)

Para Pentecostés

Mandó Jesús aparecido, quedaos aquí en Jerusalén, que se va a cumplir “la promesa del Padre”, que yo repetí, y “seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días” (*Hechos de los apóstoles*, I, 5). Y, ayudados de su fuerza, “seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (*Hechos de los apóstoles*, I, 8). Dice, y sube luego al cielo. Y fue Pentecostés (*Hechos de los apóstoles*, II, 1 – 21).

El pecado mayor

Ojo con blasfemar contra el Espíritu Santo, graciosísimo, porque es el pecado peor, y no tiene perdón, pues vale clavar segunda vez en la cruz al Hijo del hombre, y pisotearlo (*Lucas*, XII, 8 – 10; *Mateo*, XII, 31 – 32; *Marcos*, III, 28 – 29; *Epístola a los hebreos*, VI, 4 – 6; *Epístola a los hebreos*, X, 26 – 29).

Su Iglesia

“Creo en una Iglesia una, santa, católica, y apostólica.”²⁴

Jesús “llamó a los que él quiso”, y lo dejaron todo, las redes, las barcas, los despachos de impuestos, y lo siguieron (*Marcos*, III, 13 – 19; *Mateo*, IV, 18 – 22; IX, 9; X, 6 – 7; *Lucas*, V, 11; IX, 1 – 6). Fueron, primero, Doce. Eligiéndolos, los sacaba del mundo (*Juan*, XV, 19), para que, cuando él faltase, lo contasen, y repitiesen “a la luz” lo que les había dicho a oscuras, y gritasen desde los terrados lo que él les susurraba al oído, aquella Buena Nueva, su Evangelio (*Mateo*, X, 27).

Son soldados del Cristo (*Segunda epístola a Timoteo*, II, 3), y obreros de sus campos de vino y de pan (*Lucas*, X, 2). Harán su Iglesia, de la cual él será su cabeza (*Epístola a los Efesios*, V, 23) y su esposo (*Epístola a los Efesios*, V, 25 – 27, 32). E hizo a Pedro, porque acertó todos sus nombres, y porque lo quería, dijo, sí, te quiero, te quiero, piedra basal de su Iglesia, y mayoral de sus ovejas, y portero del Cielo (*Mateo*, XVI, 13 – 19; *Juan*, XXI, 15 – 17).

Ellos fueron los peones primeros de su Orden. Acompañaron su ministerio. Partieron con él el pan y el vino que eran su carne y su sangre. Antes de subirse al cielo, “abrió sus inteligencias” para que comprendieran que todo lo que estaba escrito en el Libro se había cumplido en él, y fueran entonces “testigos de estas cosas” (*Lucas*, XXIV, 45 – 48).

Muchas veces les había dicho, yo me voy, pero se llegará hasta vosotros “otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad” (*Juan*, XIV, 16 – 17), que os dotará (*Primera epístola a los Corintios*, XII, 4 – 11), “y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (*Hechos de los Apóstoles*, I, 8), “porque estáis conmigo desde el principio” (*Juan*, XV, 27).

²⁴ *Credo Niceno-Constantinopolitano.*

Sí. Los de su Iglesia ganarían para su *Nombre* y para su *Palabra* a muchos. Y el que *creyese*, y se bautizase, se salvaría, y aquéllos que lo negasen, ay, no, no, perderán mucho, se perderán (*Marcos*, Xvi, 15 – 20; *Mateo*, X, 12 – 15; *Lucas*, X, 1 – 16). Porque “quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquél que me ha enviado” (*Mateo*, X, 40).

Otorgaba así *autoridad* Jesús a sus apóstoles.

Epifanías

Prólogo

Jesús era Palabra encarnada, Maestro y predicador, correo de la Buena Nueva del Reino (último). Se hizo habitación entre nosotros. Se *escribió* en el *Libro* (o el *Libro* lo *escribía*). Afirmó Juan el Bautista, era éste, éste. Pero gastamos duros los oídos, el corazón de piedra, legañosa la mirada, los sesos secos, y no lo conocíamos. Para despabilar la fe lenta, perezosa de sus parroquianos tuvo que manifestar su divinidad así, así, como brujo, sacando de la chistera milagros de diversas clases, exorcismos, curaciones, resucitaciones y fenómenos paranormales. Y todavía, cuando falte él, habrá de rozarnos con su aliento el Espíritu Santo, su fiador póstumo.

Words, words, words.

Decía Yahvéh, “tú, que traes *la Buena Nueva*”, o “*el Evangelio*”²⁵ a Sión, y a Jerusalén, súbete a un monte alto y clama “con voz poderosa”, “Ahí está [*Ecce*] vuestro Dios” (*Isaías*, XL, 9). Lo obedecerá Isaías, “ungido” por Él, tocado por “el espíritu del Señor” (*Isaías*, LXI, 1). En otro *Libro* (en otra *historia*) buscó Jesús en Nazará estos versículos y los leyó. “Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: ‘Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy’” (*Lucas*, IV, 16 – 21). Y lo decía por él. Era él, el embajador de aquella Buena Nueva, o Evangelio (*Mateo*, IV, 23; IX, 35; XI, 5; *Lucas*, IV, 43 – 44), que valía “*la Palabra*”²⁶, y exigía que creyesen en ella (*Marcos*, I, 14 – 15).

Juan es el apóstol de la Palabra. La Palabra de nuestro principio, la que nos empezó (*Juan*, I, 1 – 5). La Palabra que decidirá todos nuestros futuros (*Juan*, XII, 47 – 48).

Fue Jesús *Palabra* encarnada (*Juan*, I, 14), su custodio (*Juan*, VIII, 55). Él, “el Hijo único”, contaba, con ella, a su Padre (*Juan*, I, 18).

Y “si alguno” la “guarda” “no verá la muerte jamás” (*Juan*, VIII, 51), y Dios lo ahijará (*Juan*, I, 12), y conocerá la verdad, y la verdad lo hará libre (*Juan*, VIII, 31 – 32).

Pero vino la Palabra al mundo, “y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron” (*Juan*, I, 10 - 11). “¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi Palabra.” Ay, le parecían, aquellos sordos, hijos de Satanás (*Juan*, VIII, 43 - 44).

²⁵ “...tu quae evangelizas...” En la *Vulgata*.

²⁶ “...y él les anunciaba *la Palabra*...” (*Marcos*, II, 2)

La *fe* perfecta, simple, pura, es la de los que creen en su Palabra, sin ensayarla mirando en maravillas.

Marcos, Mateo y Lucas cuentan esto que Juan se calla. Que estando en Nazaret, en su pueblo, y porque muchos lo tomaban por endemoniado, “fuera de sí”, enajenado, fueron su madre y sus hermanos a buscarlo. Igual que el cura y el barbero, querían encerrar al Loco en una jaula, subirlo a una carreta vergonzosa, reducirlo a su casa, tenerlo allí quieto, atado a la normalidad, amordazado. El Cristo los *desconoce*, reniega de ellos. Aquélla no era su madre, ni aquéllos eran sus hermanos. “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la *hacen*” (*Lucas*, VIII, 21). Su verdadera madre, sus verdaderos hermanos, eran éstos que formaban corro alrededor de su texto. Opone a la familia su nueva iglesia, prefiere a sus discípulos, que lo siguen hechizados por su narrativa, aparta a quienes, alegando la fuerza de la sangre, tratan de sujetarlo.

Por eso mima a María, que, “sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres”. Su hermana protesta. “Le respondió el Señor: ‘Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o, mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada’” (*Lucas*, X, 38 – 42).

Veo, veo

Verme, pensaba Jesús, se querellaba Jesús, tenerme con vosotros, ¿no basta? ¿Es que no lo sabían? El que creía en él, creía en el Otro, “y *el que me ve a mí* ve a aquel que me ha enviado” (*Juan*, XII, 44 – 45). Y ésa era la “voluntad” de su Padre: “*que todo el que vea al Hijo y crea en él*, tenga vida eterna y que yo lo resucite el último día” (*Juan*, VI, 40).

El ojo (es *logia* muy celebrada) vale tu lámpara. Como no alumbrase “¡qué oscuridad habrá!” (*Mateo*, VI, 22 – 23)

Enfadaban a Jesús los de mirada torpe: “Pero ya os lo he dicho: *Me habéis visto y no creéis*” (*Juan*, VI, 36).

Abrió los ojos del ciego, y amonestó a los fariseos, que veían (que lo veían) y no creían en él, y, por eso, pecaban, pecaban (*Juan*, IX, 39 – 41), confirmando las palabras (¡y eran divinas!) de Isaías (*Juan*, XII, 39 – 40).

Está escrito (a la letra)

El Antiguo Testamento se establece a sí mismo como autoridad sagrada, como registro de la Palabra de Dios, Palabra *peformativa*, que necesariamente se cumplirá (*Deuteronomio*, I, 21 – 22). Es el código que contiene Su Ley. Y “todos los que la retienen alcanzarán la vida, mas los que la abandonan morirán” (*Baruc*, III, 38 - IV, 1). Jesús declara su inexorabilidad: “Más fácil es que el cielo y la tierra pasen, que no que caiga un ápice de la Ley” (*Lucas*, XVI, 17).

La *vida* de Jesús es glosa. El Hijo del hombre se inventó en una *historia* que garabateaba en los márgenes de un *Libro* (las tres cursivas sugieren el cuento), con mayúscula inicial, que había dictado Él.

Todo lo hacía Jesús, maniático, “para que se cumpliera la *Escritura*” (*Juan*, XVII, 12). Todo viene apuntado en el *Libro*: el linaje de su padrastro, María, sus nombres (Manuel, Jesús), Belén, la estrella, Egipto, Nazaret, Juan el Bautista, la Pasión, la Resurrección, su Parusía. All that jazz.

El *Libro* (viejo) es su adelantado, escribe al Cristo:

“Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí...” (*Juan*, V, 39)

“Porque, si creyeráis en Moisés, me creeríais a mí, porque él escribió de mí. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?” (*Juan*, V, 46 – 47)

Jesús resucitado, a punto de subir al Cielo, dijo a sus apóstoles mejores:

“Éstas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros. ‘Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí.’ Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras” (*Lucas*, XXIV, 44 – 45).

En efecto, algunos entienden que es él, el que decía el Libro. Le dice Felipe a Natanael: “Ése del que escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús el hijo de José, el de Nazaret” (*Juan*, I, 45).

Ah, sí. El Libro *Viejo*, que encerraba sus suertes, se ha hecho carne. Otros escribirán otros, *nuevos* (sus Evangelios), que lo confirmarán.

Juan Bautista

Prólogo

Dios quiso que *fuese* Juan el Bautista para que diese “testimonio de la luz” (*Juan*, I, 6 – 8). Y sí: Juan *sucede* para asegurar la realidad de Jesús como Cristo.

Profecías

Palabras fuertes, que están, además, copiadas en el *Libro Primero* y (casi) en los rollos del cielo, y que *escriben la parte* de Juan el Bautista:

Fue ministerio de Malaquías, decir el oráculo de Yahvéh Sebaot. “He aquí que yo envío a mi mensajero a allanar el camino delante de mí, y enseguida vendrá a su Templo el Señor a quien vosotros buscáis...” (*Malaquías*, III, 1). Y decir el nombre de aquel correo: “He aquí que yo os envío al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahvéh, grande y terrible” (*Malaquías*, III, 1).

Y pronunció Isaías (XL, 3): “Una voz clama: ‘En el desierto abrid camino a Yahvéh, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios.’”

Señalado en los prólogos de su *historia*

Dijo el Ángel Gabriel a Zacarías, tu mujer, Isabel, concebirá un hijo de ti que “será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor; estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y a muchos de los hijos de Israel los convertirá al Señor su Dios, *e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías*” (*Lucas*, I, 15 - 17).

Fue luego la *Visitación* de María a Isabel, con el salto entusiasmado del niño que ésta llevaba en el vientre, que Juanillo notaba a Jesusico en la barriga de la otra mujer (*Lucas*, I, 39 – 45).

Zacarías ha dado a su hijo, como le había ordenado el Ángel Gabriel, el nombre de Juan, y ahora, una vez circuncidado, se dirige a él: “Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues *irás delante del Señor, para preparar sus caminos*” (*Lucas*, I, 76).

Su adelantado

Juan tuvo también vida escondida, y “vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel” (*Lucas*, I, 80). Luego bautizaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, silvestre y maniático, y decía, no, yo no soy el Cristo, sino su adelantado, él vale, y puede, más, y os bautizará con fuego, y con el Espíritu Santo (*Lucas*, III, 15 – 18; *Marcos*, I, 2 – 8; *Mateo*, III, 1 – 12; *Juan*, I, 19 – 28).

Bautizo

El guión del bautismo de Jesús puede leerse en los textos sagrados:

“*He aquí a mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones*” (*Isaías*, XLII, 1).

“Tú, Yahvéh, eres nuestro Padre, tu nombre es <<El que nos rescata>> desde siempre. (...) *¡Ah, si rompieses los cielos y descendieses...!*” (*Isaías*, LXIII, 16 – 19)

Yahvéh dice, sonriéndose, a los que “conspiran” contra Él “y contra su Ungido”: “Ya tengo yo consagrado a mi rey en Sión mi monte santo.” El salmista anuncia “el decreto de Yahvéh: Él me ha dicho: “Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy”” (*Salmos*, II, 2 y 7).

Y vino Jesús desde Nazaret, y Juan lo bautizó, y ahí se rompieron los cielos, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma, y una voz, arriba, declaró, Tú eres mi Hijo amado, en el cual me complazco, y Yo, hoy, te he engendrado (*Lucas*, III, 21 – 22; *Marcos*, I, 9 – 11; *Mateo*, III, 13 ss.). Y Juan lo notó, era éste, el que yo decía, el que yo he soñado, que viene detrás de mí (pero estaba primero), el Cordero de Dios, su Elegido. Y lo conozco ahora, y dejo testimonio, éste es, éste (*Juan*, I, 15; I, 29 – 34). Y es mucho, decía en otra a los que lo seguían, más que yo, que soy yo criatura de la tierra, y él es cosa celestial (*Juan*, III, 22 – 31).

Y ¿Elías?

Fue su Transfiguración, y cuando sus discípulos más privados “le preguntaron: ‘¿Por qué, pues, dicen los escribas que Elías debe venir primero?’”, él respondió, Elías ha venido ya, y le han dado muy mal final, y ellos “comprendieron que se refería a Juan el Bautista” (*Mateo*, XVII, 1 – 13).

Lo que supo Jesús

Jesús sabía la *misión* de Juan (*Mateo*, XI, 2 – 15; *Lucas*, VII, 18 – 30), que era decirme verdadero (*Juan*, V, 32 - 35).

Obrero

Prólogo

Oían la Palabra. Lo tenían a él. Estaba escrito. Juan el Bautista daba noticia del Mesías en el desierto. Aun así, no era suficiente, y muchas veces tenía que acompañarse con portentos para engordar su ganadería. “*Si no veis señales y prodigios, no creéis*” (Juan, IV, 48). Jesús lo dice con tristeza, cansadísimo. “*Si no hago las obras de mi Padre, no me creéis, pero si las hago, aunque a mí no me creáis, creed por las obras, y así sabréis y conoceréis que el Padre está en mí y yo en el Padre*” (Juan, X, 37 – 38).

El Exorcista

Los demonios, o espíritus inmundos, cuando Jesús los echaba de los cuerpos que ocupaban, lo reconocían, y publicaban su padre, divino: “Tú eres el Hijo de Dios” (Marcos, III, 12; Lucas, IV, 41). “¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? (...) Sé quién eres tú: el Santo de Dios” (Marcos, I, 24; Lucas, IV, 34). “¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios?” (Mateo, VIII, 29) “¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo?” (Lucas, V, 28; Marcos, V, 7) Pero era testimonio que lo ensuciaba, el de aquellos hijos del Príncipe Mentiroso, y ordenaba siempre su discreción, silencio, silencio (Marcos, I, 25, 34; III, 12; Lucas, IV, 41).

Además de la derrota de sus enemigos naturales e históricos, ¿por qué interesaban a Jesús los exorcismos? Demostraba con ellos su poderío. Quienes asistían a ellos quedaban, “todos”, “pasmados”, y, observando su dominio incómodo sobre los diablos, admiraban su “palabra”, aquella “doctrina nueva, expuesta con autoridad”, y crecía “su fama” (Marcos, I, 27 – 28; Lucas, IV, 36 – 37; IX, 37 - 43).

Manifestaba además la fuerza de la fe. “Por lo que has dicho”, mujer, porque probaba una fe “grande”, echó al demonio de su hija (*Mateo*, XV, 28; *Marcos*, VII, 29 – 30). Y cuando ése “gritó”, “¡Creo, ayuda a mi poca fe!”, sacó de su hijo el espíritu que lo hacía retorcerse y echar espumarajos por la boca (*Marcos*, IX, 14 - 29).

Pese a que exige secreto a los espíritus inmundos, testigos dudables, quiere que los antiguos energúmenos saquen a plaza sus gestas (*Marcos*, V, 1 – 20; *Lucas*, VIII, 38 – 39).

Con estas artes ganó como milicianas de su ejército amoroso a “algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades”, entre ellas, sobre todo, a “María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios”, su privada (*Lucas*, VIII, 1 – 3).

Y “las gentes” se asombraban, decían, “Jamás se vio cosa igual en Israel” (*Mateo*, IX, 33), o bien, “¿No será éste el Hijo de David?” (*Mateo*, XII, 23)

Sin embargo, “algunos” (*Lucas*, XI, 15), o “los fariseos” (*Mateo*, IX, 34; XII, 24), denunciaban que Jesús podía en los demonios porque era su capitán, alférez de Beelzebul (*Mateo*, IX, 34; XII, 24; *Lucas*, XI, 15). Y Jesús, que conocía sus pensamientos, argüía, no puede ir Satanás contra Satanás. Yo espanto diablos con la ayuda del “Espíritu”, o del “dedo”, de Dios, y señalo, con tanto, la llegada de su Reino (*Mateo*, XII, 28; *Lucas*, XI, 20).

Médico prodigioso

Asimismo, usa su ciencia médica como propaganda, para tener cartel aquí, aquí, aquí (*Mateo*, IV, 23 – 25; *Marcos*, I, 32 – 34; III, 7 – 10; *Lucas*, VI, 17 – 19).

Es cierto que en ocasiones pedía a sus pacientes que no diesen publicidad a su salud nueva (*Mateo*, IX, 30; *Marcos*, VII, 36; VIII, 26).

Otras veces, escrupuloso con la Ley (con la Escritura), daba instrucciones contradictorias, esto no se lo digas a nadie, pero “vete, muéstrate al sacerdote”, y cumple con las aprensivas instrucciones de Moisés, para purificarte, y “*para que les sirva de testimonio*” (*Marcos*, I, 43 – 44; *Mateo*, VIII, 4; *Lucas*, V, 14).

Ninguno, de todos modos, hacía caso, todos sacaban a plaza su curación repentina, imposible (*Marcos*, I, 45; VII, 36; *Mateo*, IX, 31).

Sí, porque se compadecía de ellos. Sí, para que aventasen su fama. Ahora bien, el propósito principal de su espectacular farmacia era dejar patente su poderío, Su poderío. Todas “las maravillas” (*Lucas*, XIII, 16) las hacía “*para que se manifiesten en él las obras de Dios*” (*Juan*, IX, 3), y lo glorificasen (*Marcos*, VII, 37; *Mateo*, XV, 31; IX, 8), y viesan que el Hijo del hombre tenía el derecho de perdonar pecados, oficio divinal (*Marcos*, II, 7 - 12).

Prefería, desde luego, devolver saludes a quienes creían en él (*Marcos*, II, 5; *Lucas*, V, 20; XVIII, 41 – 43; *Mateo*, IX, 20 – 22; IX, 28 – 30; *Juan*, IV, 46 – 54). En cambio, en su pueblo, en Nazaret, no hizo “muchos milagros, a causa de su falta de fe” (*Mateo*, XIII, 58).

Quien lo conoce sana ahora de sus miserias terrenales. Pero Jesús utiliza sus milagros para enseñar que será la fe, o la falta de fe, la que decida la suerte sin vuelta de los hombres, sin averiguar naciones, sean hijos o no de Israel (*Mateo*, VIII, 5 – 13; *Lucas*, XVII, 15 – 19).

Resurrecciones

“Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (*Juan*, XI, 25 – 26)

Jesús sabe, seguros, el Cielo, y lo de luego. ¿Por qué, entonces, viendo el llanto de María, y delante del sepulcro de Lázaro, dos veces se conmueve en su interior, y “se turbó”, y “se echó a llorar”? (*Juan*, XI, 33, 35, 38) Era que “Jesús amaba a María, a su hermana y a Lázaro” (*Juan*, XI, 5). En ningún capítulo de su novela expresa el Hijo del hombre más exactamente la naturaleza paradójica de nuestro duelo.

Jesús conoce la pérdida de Jairo (no tenía otra hija), y de la viuda de Naím (era su “hijo único”), y de Marta y María (y la suya, y la suya), y, porque siente “compasión” (*Lucas*, VII, 13), quiere repararlas, o retrasarlas.

Aprovecha, además, el excelente milagro para reforzar la lección, mira cuánto alcanza la fe, cómo merece el que cree (*Marcos*, V, 36; *Lucas*, VIII, 50).

La enfermedad de Lázaro no era “de muerte”, sino “para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (*Juan*, XI, 4; IX, 40).

Juan cuenta cuidadosísimo la profesión de fe de Marta:

“Dijo Marta a Jesús: ‘Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá.’ Le dice Jesús: ‘Tu hermano resucitará.’ Le respondió Marta: ‘Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día.’ Jesús le respondió:

‘Yo soy la resurrección.

El que cree en mí, aunque muera, vivirá;

y todo el que vive y cree en mí,

no morirá jamás.

¿Crees esto?

Le dice ella: ‘Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo’” (*Juan*, XI, 21 - 27).

No hay hazaña mayor, para el milagrero, que la resurrección. Con ella derrota al vacilón, y lo gana para su religión (*Mateo*, IX, 26; *Lucas*, VII, 16 – 17; *Juan*, XI, 41 – 42; 45).

“Al llegar a casa del magistrado y ver a los flautistas y la gente alborotando, decía: ‘¡Retiraos! *La muchacha no ha muerto: está dormida.*’ Y se burlaban de él. Mas, echada fuera la gente, entró él, la tomó de la mano, y la muchacha se levantó” (*Mateo*, IX, 23 – 25).

“Todos la lloraban y se lamentaban, pero él dijo: ‘*No lloreis, no ha muerto: está dormida.*’ Y se burlaban de él, pues sabían que estaba muerta. Él, tomándola de la mano, dijo en voz alta: ‘Niña, levántate.’ Retornó el espíritu a ella, y al punto se levantó; y él mandó que le dieran a ella de comer” (*Lucas*, VIII, 52 -55).

Jesús ¿habla literalmente, o utiliza la gastada figura que iguala la muerte al sueño? De cualquier manera, la expresión rebaja el milagro. Parecía simple resucitación.

¿Buscaba disimular su *Arte*?

“Quedaron fuera de sí, llenos de estupor. Y les insistió mucho en que nadie lo supiera; y les dijo que le dieran a ella de comer” (*Marcos*, V, 42 – 43).

“Sus padres quedaron estupefactos, y él les ordenó que a nadie dijeran lo que había pasado” (*Lucas*, VIII, 56).

Su primera resurrección quiere que ocurra en privado. Escoge a los mismos testigos privilegiados de su Transfiguración:

“Al llegar a casa, no permitió entrar con él más que a Pedro, Juan y Santiago, al padre y a la madre de la niña” (*Lucas*, VIII, 51).

“Y no permitió que nadie le acompañara, a no ser Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. (...) Pero él después de echar fuera a todos, toma consigo al padre de la niña, a la madre y a los suyos, y entra donde estaba la niña” (*Marcos*, V, 37; 40).

Y es que sacar a uno de entre los muertos era logro demasiado grande, que lo volvía peligroso. Tanto, que se juntaron, observando esto, los peores, y resolvieron matarlo (*Juan*, XI, 46 – 50; 53).

Sin embargo, con lo de Lázaro, Jesús pone cuidado en subrayar la literalidad (la irreversibilidad natural) de su muerte. Lo hace, primero, para facilitar la fe de los que lo siguen, y, quizás, para allanar el camino hacia su final:

“‘Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarle.’ Le dijeron los discípulos: ‘Señor, si duerme, se curará.’ Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: ‘Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, *para que creáis*. Pero vayamos donde él’” (*Juan*, XI, 11 – 15).

Jesús puede rescatarte, traerte del otro lado de las cosas. Jesús (será su truco penúltimo) morirá clavado a la madera, y regresará. No obstante, en una parábola amarga, explica cómo, cuando la Palabra no es suficiente, la resurrección de los muertos, como recurso retórico, tampoco sirve:

Aquel mal rico, condenado en el infierno, rogaba a Abraham que enviase a este otro Lázaro, un pobre que ahora descansaba en el cómodo seno del patriarca, a la casa familiar, para que avise a sus hermanos, que sean buenos...

“Díjole Abraham: ‘Tienen a Moisés y a los profetas; que les oigan.’ Él dijo: ‘No, padre Abraham; sino que si alguno de entre los muertos va donde ellos, se convertirán.’ Le contestó: ‘*Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite*’” (*Lucas*, XVI, 19 - 30).

demás taumaturgias

Dos cabeceras contradictorias

“Y la Sabiduría se ha acreditado por sus obras” (*Mateo*, XI, 19).

Los fariseos le piden...

“...*una señal del cielo*, con el fin de ponerle a prueba. Dando un profundo gemido desde lo íntimo de su ser, dice: ‘¿Por qué esta generación pide una señal? Yo os aseguro: no se dará a esta generación ninguna señal’” (*Marcos*, VIII, 11 – 12).

Prólogo

Muchos, en efecto, creen en Jesús como Hijo de Dios “por sus obras”:

“Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace. Y le mostrará obras aún mayores que éstas, para que os asombréis” (*Juan*, V, 20).

“Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan; porque las obras que el Padre me ha encomendado llevar a cabo, las mismas obras que realizo, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado” (*Juan*, V, 36).

Luego (ahora), será el *cuento* (la *escritura*) de las *señales* de Jesús lo que alimentará nuestra fe:

“Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Éstas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (*Juan*, XX, 30 – 31).

Ejemplos

Porque Jesús acertó su nombre desde lejos, Natanael le dice:

“Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.” Jesús le contestó: ‘¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, *crees?* *Has de ver cosas mayores.*’ Y le añadió: ‘En verdad, en verdad os digo: *veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre*” (Juan, I, 47 – 51).

Y “en Caná de Galilea”, movido por su madre, mudó el agua en vino, que no faltase en la boda, y “*dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos*” (Juan, II, 1 – 11).

Fue la pesca milagrosa, en el lago Genesaret, y con ella, la vocación de sus apóstoles más privados, Simón Pedro, Santiago y Juan (*Lucas*, V, 1 – 11).

Se ha levantado una tempestad, y zozobraba la barca. Jesús dormía. Sus discípulos lo despertaron, socórrenos aquí, y él amansó cielos y mares, y ellos “se decían unos a otros”, “pues ¿quién es éste?” (*Mateo*, VIII, 23 – 27; *Marcos*, IV, 35 – 41; *Lucas*, VIII, 22 – 25)

Multiplicó cinco panes y dos peces, y dio de comer con ellos a cinco mil hombres, “sin contar mujeres y niños” (*Marcos*, VI, 30 – 44; *Lucas*, IX 10 – 17; *Mateo*, XIV, 13 – 21). Y en otra, con siete panes, “y unos pocos pececillos”, sació a “cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños” (*Mateo*, XV, 32 – 39; *Marcos*, VIII, 1 – 10). Marcos, Lucas y Mateo no sacan moraleja del milagro. Juan sí: “Al ver la gente la señal que había realizado, decía: ‘*Éste es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo*’” (Juan, VI, 1 – 15).

Jesús camina sobre las aguas, y los discípulos, en la barca, “quedaron (...) completamente estupefactos, *pues no habían entendido lo de los panes, sino que su mente estaba embotada*” (Marcos, VI, 45 - 57). Y “se postraron ante él diciendo: *Verdaderamente eres Hijo de Dios*” (Mateo, XIV, 22 - 33).

Sólo a Pedro, a Santiago y a Juan quiso descubrirse Jesús divino, en la gloria. Para ellos nada más fue aquella epifanía, aquel misterio gozoso que bajaron a representar con el Cristo, ahí es nada, Moisés y Elías, su Transfiguración en la cima del monte Tabor. Lo usó para decir a Elías, que había regresado ya (fue Juan el Bautista), y para anunciar, segunda vez, y con mucho aparato, su Pasión (Mateo, XVII, 1 - 13).

No quiso darle brevas la higuera, a la salida de Betania, y la maldijo, y la secó para siempre, y enseñaba, con ello, la fuerza de la oración y de la fe (Marcos, XI, 12 - 14; 20 - 24; Mateo, XXI, 18 - 22).

Cerca de su muerte, en sus alrededores, para acompañarla, pasaron las penúltimas maravillas, se oscureció toda la tierra desde la hora sexta hasta la hora nona, hubo un terremoto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo, abandonaron “los santos difuntos” los cementerios. Sí. “*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*” (Marcos, XV, 33 - 39; Mateo, XXVII, 45 - 54; Lucas, XXIII, 44 - 49).

Juan escribe una especie de apéndice donde pone puntos suspensivos a las obras de su Señor:

“Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran” (Juan, XXI, 25).

Y de esto, ¡chitón! O no.

Lo calaban enseguida los demonios. Él era el Cristo. “Tú eres el Hijo de Dios.” “Tú eres el Hijo de Dios.” Y Jesús, siempre, los amenazaba, calla esto, digo (*Marcos*, I, 25; I, 34; III, 12; *Lucas*, IV, 41).

A los leprosos, y a los ciegos, y a los sordomudos, y a los resucitados, les advertía frecuentemente, mira, esto no lo cuentes, ¿eh?, que no quiero se sepa (*Marcos*, I, I, 43 – 44; V, 42 – 43; VII, 36; VIII, 26; VIII, 30; *Mateo*, VIII, 4; IX, 30; *Lucas*, V, 14; VIII, 56).

Otras veces, en cambio, pedía a las personas a las que había remediado que divulgasen sus milagros (*Marcos*, V, 18 – 20; *Lucas*, VIII, 38 – 39).

A los Doce les impone lo que los exégetas llaman “secreto mesiánico”. Luego, cuando él ya no esté con ellos, podrán (no: deberán) descubrir quién era, qué vale: “Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados” (*Mateo*, X, 27). Así, después de la Transfiguración avisa a sus discípulos más íntimos que no revelasen los portentos que habían presenciado “hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos” (*Marcos*, IX, 9; *Mateo*, XVII, 9).

Opiniones

Prólogo

Conocieron a Jesús, con todos sus apellidos, Juan el Bautista, los Doce de su guardia (según, según), todos los demonios. Sus hermanos, no (o sí, en otros cuentos). Su madre, tampoco (o sí, en otros cuentos). Él prefiere, me parece, en sus aulas, al niño, o al que recibe su Palabra como niño, y a algunas mujeres que repetían a la Reina del Mediodía.

Familias más o menos sagradas

San José

Para contar los principios de cuento de Jesús, Mateo se fija más en san José que en María. Comienza su Evangelio con el *Libro de la generación de Jesucristo*, citando los engendramientos, desde Abraham hasta “José, el esposo de María, de la que nació Jesús...” El Ángel del Señor le sale al carpintero en cuatro sueños, revelándole que su novia estaba encinta del Espíritu Santo, encargándole que diera al niño el doble nombre de Jesús y Emmanuel, avisándole que huyesen a Egipto, por evitar la pelusilla asesina de Herodes, ordenándole primero que volviese a Israel, que ya había muerto el mal rey, y luego que se retirase a Nazaret, para que pudiesen apellidar a Jesús *Nazareno*, que así se cumplirían ciertas profecías (*Mateo*, I - II). En lo de Lucas, en cambio, José importa muy poco.

En el Templo de Jerusalén, gracioso y secreto, Jesús (tenía doce años) desconoce por primera vez a José: “Él les dijo: ‘Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?’ Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio” (*Lucas*, II, 49 - 50).

Ya durante su ministerio, fatigó a Jesús que en Nazaret, su patria, apuntasen, como argumento contrario a su divinidad, su filiación de derecho: “¿No es éste el hijo del carpintero?” (*Mateo*, XIII, 55) “Y decían: ‘¿No es éste el hijo de José?’” (*Lucas*, IV, 22)

María

Marcos calla a la Virgen. El Ángel del Señor, según Mateo, dirige todas sus instrucciones a José. María concibe del Espíritu Santo, recibe a los Magos de Oriente con su pequeño, y sigue, con obediencia perfecta, a su marido, primero a Egipto y, después, a Nazaret.

Lucas, en cambio, sí nos arrima a María. Cuenta muy por menudo la Anunciación (I, 26 – 28), la Visitación a su prima Isabel (I, 39 – 45) con el “Magnificat” (I, 46 – 55), el nacimiento en Belén (II, 1 – 7), lo de los pastores (II, 8 – 20), la circuncisión del Niño (II, 21), y su Presentación en el Templo (II, 22 – 38), donde lo reconocieron divino Simeón y la beata Ana. Eran muchas señales: “María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (II, 19). Una tocaba en la (mala) suerte de María: “Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para señal de contradicción --¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!--” (II, 33 – 35).

Muy distinto es todo según Juan, el “discípulo a quien Jesús amaba, que además durante la cena se había recostado en su pecho” (*Juan*, XXI, 20). Jesús dio “comienzo a sus señales” para contentar, a regañadientes, a su madre volviendo el agua en vino en las bodas de Caná (*Juan*, II, 1 – 11). Maldice en una ocasión Jesús a sus hermanos, porque no creen en él (*Juan*, VII, 1 – 6). Sin embargo, en otra parte pone a la madre y a los hermanos de Jesús siguiéndolo a Cafarnaúm, devotos suyos (*Juan*, II, 12).

Y sobre todo cuenta a la madre de Cristo a pie de la cruz, llorándolo con las otras Marías. Jesús se ocupa entonces de que ella ahíje a Juan, y de que Juan la adopte como madre (*Juan*, XIX, 25 – 27). Sólo en Juan aparece María cerca de la Pasión de su hijo.

Los *Hechos de los apóstoles* (I, 14), que continúan el evangelio de Lucas, recogen esa tradición de una sagrada familia más beata: “Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.”

Éstos son mi madre y mis hermanos

Jesús, cuando su madre y sus hermanos intentan sacarlo de su *historia*, que vuelva a casa, gruñe, los aparta de sí, abomina de su parentesco natural (*Marcos*, III, 20 – 21; 31 – 35; *Mateo*, XII, 46 – 50; *Lucas*, VIII, 19 – 21).

Juan sabe otra. Aquí sus hermanos lo aprietan para que deje Galilea y publique su divinidad en Judea, en el ruido de la Fiesta de las Tiendas. Pero en Judea lo matarían, eso se sabía. ¿Tentaban sus hermanos, como Lucifer, su soberbia, para precipitarlo hacia su muerte? Eso apuntan la frase terrible de Juan, y la cólera de Jesús: “Es que ni siquiera sus hermanos creían en él. Jesús les dice: “Todavía no ha llegado mi tiempo, en cambio vuestro tiempo siempre está a mano”” (*Juan*, VII, 1 – 6).

Jesús, según los niños

Lo conocen enseguida los pequeños, y creen en él, y Jesús usa su ejemplo aquí, aquí, para enseñarnos, sólo después de mirar con los ojos limpios del chiquillo, y volveros niños, os podréis hacer huéspedes de la Palabra, ser los primeros en mi cielo.

¿Quién será (luego, cuando importa) el mayor de nosotros? ¿Veis este niño? Les decía. Pues “el más pequeño de entre vosotros, ése es [el] mayor” (*Lucas*, IX, 48).

Jesús “se sentó, llamó a los Doce”, y “tomando un niño, lo puso en medio de ellos, lo estrechó entre sus brazos y les dijo: ‘El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí sino a Aquél que me ha enviado’” (*Marcos*, IX, 36 – 37),

O les decía, ¿veis este niño? “Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos” (*Mateo*, XVIII, 3).

O les decía:

“Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y lo hundan en lo profundo del mar” (*Mateo*, XVIII, 6).²⁷

Le presentaban niños, para que los tocara, o les impusiera las manos, o rezara por ellos, y los discípulos les reñían, se lo estorbaban, y Jesús se enfadaba, les decía:

²⁷ Similar en *Marcos*, IX, 42 y *Lucas*, XVII, 1 – 2.

“Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él.’ Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos” (*Marcos*, X, 13 – 16).²⁸

Y esa vez, en Jerusalén, “*los niños*”, en el Templo, “gritaban”, “¡*Hosanna* al Hijo de David!” Y los sumos sacerdotes, y los escribas, se rasgaban las vestiduras: “¿Oyes lo que dicen estos?” Jesús les dice, “Sí”, y cita, corrigiéndolos algo, el salmo²⁹, y el *Libro de la Sabiduría*³⁰: “¿No habéis leído nunca que *De la boca de los niños y de los que aún maman / te preparaste alabanza?*” (*Mateo*, XXI, 15 – 16)

²⁸ Similar en *Mateo*, XIX, 13 – 15 y *Lucas*, XVIII, 15 – 17.

²⁹ *Salmos*, VIII, 3.

³⁰ *Sabiduría*, X, 20.

Amigas, o esposas, de su Palabra

La Reina del Sur

“La reina del Mediodía se levantará en el Juicio con los hombres de esta generación y los condenará; porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón” (*Lucas*, XI, 31; *Mateo*, XII, 42).

Vale mi Palabra más que la de Salomón. A oír la suya vino, desde donde se termina el mundo, la Reina de Sabá (*Libro primero de los Reyes*, X, 1 – 13; *Libro segundo de las Crónicas*, IX, 1 – 12). Y a mí ¿qué ricashembras me seguían?

Backstage fans

Jesús eligió Doce apóstoles, primero, y luego, porque éstos no bastaban, otros Setenta y dos obreros de su Palabra. Todos ellos, hombres más o menos barbados. Pero también iban con él, sirviéndolo, muchas mujeres:

“Y sucedió a continuación que iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que les servían con sus bienes” (*Lucas*, VIII, 1 – 3).

La samaritana

Junto al pozo de Jacob Jesús trata con una samaritana de su religión nueva. Acierta sus cinco maridos, y que vive abarraganada con otro hombre. Él le daría “agua viva”.

“Le dice la mujer: ‘Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo.’ Jesús le dice: ‘Yo soy, el que te está hablando’.” Los discípulos observan con escándalo la conversación. Pero callan, miedosos. A ella no le dicen, “¿Qué quieres?”. A su Señor no le dicen: “¿Qué hablas con ella?” La samaritana, “dejando su cántaro, corrió a la ciudad”, decía, “¿No será el Cristo?” (*Juan*, IV, 5 – 24)

María

Marta regalaba a Jesús en su casa, se afanaba sirviéndolo. Él quiere mejor a su hermana María, “sentada a los pies del Señor”, escuchando “su Palabra”. Ella, holgazana, pero curiosísima, “ha elegido la parte buena, que no le será quitada”, la única que importa (*Lucas*, X, 38 – 42).

Unciones

Mateo y Marcos apuntan la misma *historia*. Pasó lo que dijeron ellos, lo que dijo Lucas, lo que dijo Juan. Hubo tres unciones. O hubo una, mal recordada, mal apuntada.

Dos días antes de los corderos pascuales y de los panes ázimos (diz Marcos, diz Mateo), o antes del final de Juan Silvestre (diz Lucas), o a seis días de su última pascua (diz Juan). Ya ha entrado o no en Jerusalén, encima de un pollino. En vísperas de la Pasión. Al principio de su ministerio.

Marcos y Mateo lo ponen en Betania, en casa de Simón el leproso; Juan, también en Betania, pero en casa de Lázaro, el resucitado; Lucas, en casa de un fariseo, en un lugar indeterminado.

Viene una mujer, se acerca a Jesús y, quebrando un frasco de alabastro, derrama sobre su cabeza perfume puro de nardo, carísimo. Contaron Marcos y Mateo. Entra una cantonera en la casa, despeinada, se pone detrás de Jesús, a sus pies, y se los mojaba con

sus lágrimas (lloraba, lloraba). Saca entonces un frasco de alabastro y le unta los pies con el perfume, llenándoselos de besos, y luego se los seca con sus cabellos. Contó Lucas. Sirve la buena de Marta. Su hermana María no. María toma una libra de aceite de nardo, precioso, y unge con él los pies de Jesús, secándoselos luego con sus cabellos. Contó Juan.

Riñeron a la muchacha (algunos, los discípulos, Judas, según quién diga), mira que romper la botella, mira que desperdiciar aquel perfume. Mejor hubiera sido venderlo y aliviar con el dinero a los pobres. Jesús contestó, ¡dejad a la chica! Que siempre va a haber pobres, pero a mí no me tendréis siempre con vosotros. Además, ella, así, me ha dado los óleos últimos para luego, para el cielo, que me enterrarán con prisas. Es obra de caridad, cariñosa ceremonia que se ha de guardar con los muertos, y por ello la recordarán todos los cristianos. Y por su amor, y por su fe (esto lo decía por la esquinera), le quito pecados, y sale salvada y pacificada.

Si no es mera cortesía de zaguán, lavar los pies de tu señor es lo mismo que rendirse a él, darse por avasallado suyo, y con muchísimo gusto, como ungir la cabeza significa titular a uno sacerdote, o caudillo, o moribundo. Al crismado lo marcan, con aquellos olores deliciosos, para un tránsito. Sabiéndolo o no, al Cristo lo señalaban esas mujeres (la vecina de Betania, la ramera, María la de Lázaro), con aquel tratamiento, para la muerte, pero también para rey de reyes.

(*Mateo*, XXVI, 6 – 13; *Marcos*, XIV, 3 – 9; *Juan*, XI, 2 y XII, 1 – 8; *Lucas*, VII, 36 – 50)

Por las estaciones del Calvario

Subían el Calvario. Simón de Cirene cargaba con la cruz. Seguían a Jesús muchas lloronas. “Jesús, volviéndose a ellas, dijo: ‘Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad, más bien, por vosotras y por vuestros hijos’” (*Lucas*, XXIII, 27 – 28).

Pie de la cruz

Jesús en la cruz. Lo miraban desde lejos “muchas mujeres”, las que lo acompañaban, sirviéndolo, desde Galilea, y, “entre ellas”, María Magdalena, María (la madre de Santiago el Menor y de Joset), y Salomé, y la madre de los hijos de Zebedeo (*Marcos*, XV, 40 – 41; *Mateo*, XXVII, 55 – 56; *Lucas*, XXIII, 49).

Vecinas de su agonía, arrimadas al palo santo, casi abrazadas al árbol de su muerte, a pie famoso de su cruz, cuenta Juan a las tres Marías, mamá, la tía María, la mujer de Cleofás, y María Magdalena (*Juan*, XIX, 25).

Cerca de su sepultura

Siguen todavía a Jesús. Se han criado al amor de su Palabra. Quieren ver dónde ponen el cuerpo de Cristo. Para asearlo y vestirlo, para velarlo luego. Las “que habían venido con él desde Galilea”. O María Magdalena y “la otra María”, “la de Joset” (*Marcos*, XV, 47; *Mateo*, XXVII, 61; *Lucas*, XXIII, 55). Sólo Juan no sabe a las mujeres que rondan su entierro, o las calla (*Juan*, XIX, 38 - 42).

Mirróforas

Untaron el cuerpo de Jesús José de Arimatea y Nicodemo con mirra y áloe, según Juan (*Juan*, XIX, 38 - 40), o llevaban prisa y miedo y lo envolvieron en un sudario, sin mayores ceremonias ni cuidados, antes de colocarlo en el monumento, y fueron, el primer día de la semana, “pasado el sábado”, “muy de mañana”, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé, con aromas y mirra, que no volviese su señor a su cielo así, desastrado (*Marcos*, XVI, 1; *Lucas*, XXIII, 56; XXIV, 1).

pasa un ángel (¿o pasaron dos?)

Tembló toda la tierra, o el huerto nada más. La piedra que cerraba el sepulcro estaba removida. El terror desmayó a los guardias que había puesto Pilato. Dentro las esperaba un mozo, de blanco. O era un ángel de luz, sentado encima de la piedra. O fueron dos los ángeles, y velaban, uno la cabecera, el otro los pies del hueco que había dejado Jesús. Porque Jesús faltaba. La Magdalena entró sola, o con otras mujeres. Estaba con miedo, confundida. Se habían llevado a su señor. ¿Qué lloraba?, la reñía ése (la reñían ésos), mira, estuvo aquí, y no está. Ha resucitado de entre los muertos, puntual, al tercer día, como decía (*Marcos*, XVI, 2 – 6; *Mateo*, XXVIII, 1 – 6; *Lucas*, XXIV, 2 – 8; *Juan*, XX, 1 – 2; 11 - 13).

voceras de la resurrección

Corrió, de parte del ángel, María Magdalena y avisó a Pedro y al discípulo favorito de Jesús (*Juan*, XX, 1 – 2), o fueron María Magdalena y la otra María a los discípulos y se lo contaron (*Mateo*, XXVIII, 7 – 8; *Lucas*, XXIV, 9 - 11), o no dijeron nada, miedosas (*Marcos*, XVI, 7 - 8). Ganó con tanto, María la de Magdala, el título de *apóstola de los apóstoles*.

Jesús se aparece a las marietas

Jesús se apareció a María Magdalena y a “la otra María”. “Y ellas, acercándose, se asieron a sus pies y le adoraron” (*Mateo*, XXVIII, 9 - 10).

No, quiso aparecerse “primero”, y a solas, a María Magdalena (*Marcos*, XVI, 9 - 11). Juan cuenta el encuentro muy despacio.

Los dos ángeles se despintan de la escena. Ella...

“...se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: ‘Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?’ Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: ‘Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.’ Jesús le dice: ‘María.’ Ella se vuelve y le dice en hebreo: ‘Rabbuní’ –que quiere decir: “Maestro”--. Dícele Jesús: ‘No me toques, que todavía no he subido al Padre.’”

Y anda a decir esto a los míos. (*Juan*, XX, 14 - 18)

“María...” “Rabbuní...” “Maestro”, lo llama ella, y entiendes ahora que fue su alumna aventajada, la niña de sus ojos, la colegiala que él mimaba. Tanto, que quiso darle una última clase particular, descubriéndole, antes que a nadie, el misterio de la resurrección.

“Noli me tangere”, “no me toques”, o, si traducimos más exactamente el griego original, “mê mou haptu”, quita, déjame ir. Wendy tampoco puede tocar a Peter Pan. Lo mismo que Wendy, María Magdalena contará a su amigo.

